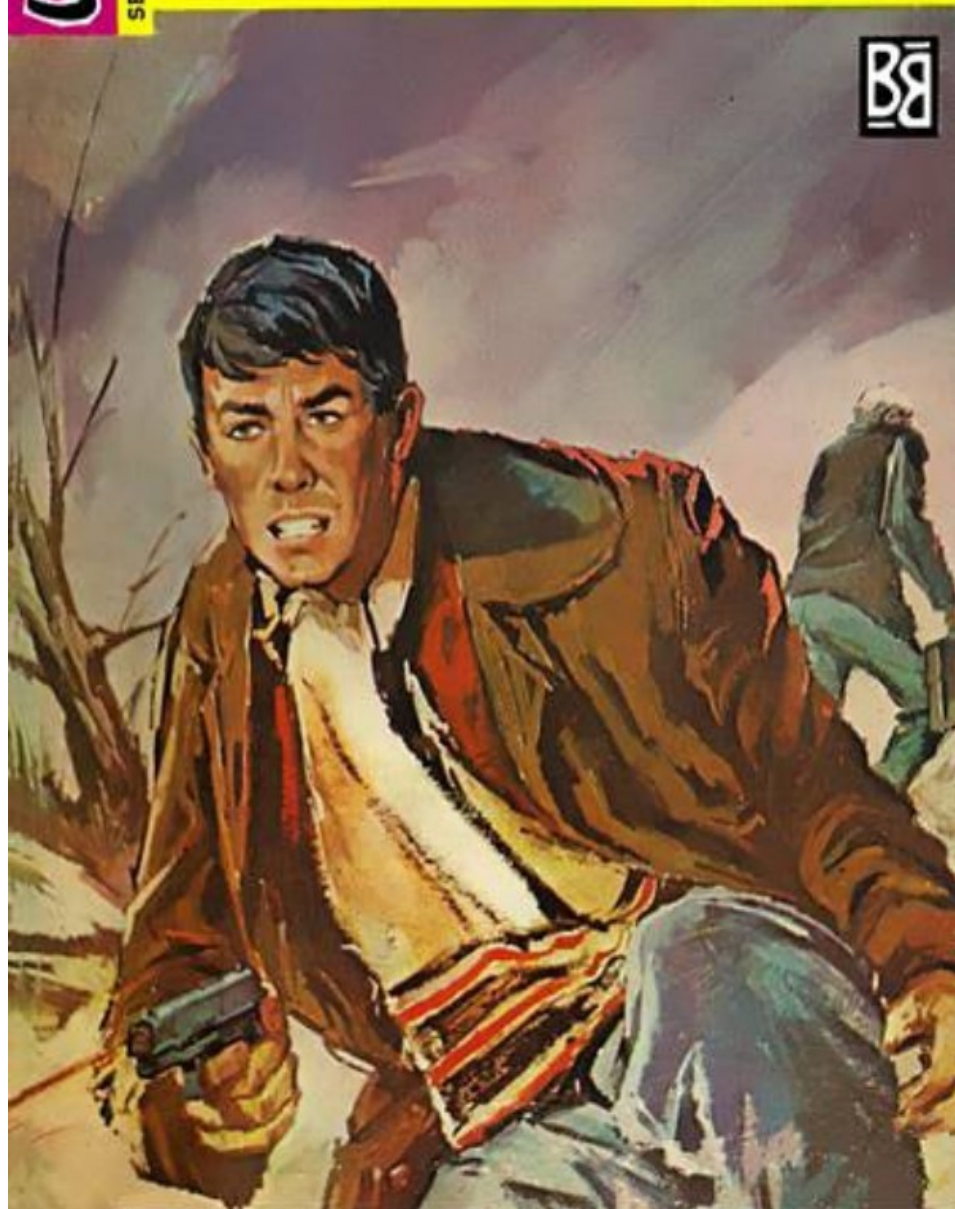




SERVICIO SECRETO

ENVIADO ESPECIAL DE LA MUERTE

a. rolces





A. ROLCEST

**ENVIADO
ESPECIAL
DE LA MUERTE**

Colección
SERVICIO SECRETO n.º 787
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTÁ



DEPÓSITO LEGAL B 33540 1964
Printed in Spain - Impreso en España

1.^a edición: febrero 1965

© A. ROLCEST - 1965
sobre el texto literario

© MIGUEL GARCÍA - 1965
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
DROGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.** Mora
la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 7110/64

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

886 — El peñón de las hienas.

En Colección BÚFALO:

588 — El azote de los cuatrerros.

En Colección SERVICIO SECRETO:

725 — Furia blanca.

En Colección CALIFORNIA:

421 — El tigre sediento.

En Colección SALVAJE TEXAS:

384 — Los trofeos de «Wood City».

En Colección COLORADO:

378 — Compañeros de la muerte.

En Colección KANSAS:

335 — Entre dos luces.

En Colección ASES DEL OESTE:

283 — El valle perdido.

En Colección BRAVO OESTE:

191 — La tumba de oro.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO

76 — Misión en Extremo Oriente.

En Colección METRALLA:

58 — Las llaves del infierno.

CAPÍTULO PRIMERO

HABÍA que dar un motivo concreto a aquella acción, y uno de los altos jefes reunió a la fuerza que tenía que tomar parte y con un puntero señaló la costa noruega. Apuntó a Trondheim.

—Aquí, en el fiordo de Aas, tenemos el «Tirpitz».

Era el mayor acorazado de la flota alemana. Allí permanecía acorralado y al mismo tiempo esperando el momento de convertirse en atacante.

—Ese acorazado constituirá una amenaza mientras tenga cerca un dique donde poder reparar sus fuerzas, en el caso de que se atreva a salir y lo toquemos.

El puntero se apartó de la costa noruega y descendió, bordeando la costa francesa. Se detuvo en el puerto de Saint Nazaire.

—Este dique es uno de los mayores del mundo —prosiguió el jefe—. Es el único puerto en toda la costa atlántica donde un acorazado como el «Tirpitz» puede acogerse en el caso de que saliese de Trondheim y fuese averiado. ¿Constituye para ustedes un incentivo, señores?

El jefe paseó la mirada por la sala. Allí estaban los hombres, ansiosos de acción. El período de entrenamiento había sido rebasado. La teoría era ya como un maniquí de paja colgando de una cuerda al que los «comandos» hubiesen destripado a machetazos, abandonándolo para buscar algo más consistente.

—Esta tarde será la salida, caballeros. ¡Buena suerte a todos!

Los «comandos» se levantaron y empezaron a salir. El instructor hizo un ademán a uno de los oficiales que se encontraba en los primeros asientos.

El capitán Dave Corwin entendió que debía esperar y se quedó mirando una maqueta del dique que tenían que atacar.

—Capitán Corwin, su misión va a ser un poco más complicada

—dijo el jefe, apenas quedar solos—. Usted tendrá que internarse, mientras los demás se retirarán. No le será difícil desenvolverse en las primeras horas, porque en el puerto existirá el caos. Usted ha sido elegido para esta misión no solamente por la perfección con que habla el francés, sino porque un viejo conocido suyo, de sus tiempos de bohemia en París, le reclama.

Dave Corwin, un muchacho alto, de correctas facciones y ojos verdosos, se quedó mirando al superior.

—¿De mis tiempos de bohemia?

Era como si le hablaran de algo ya perdido en el tiempo. Y apenas habían transcurrido tres años desde que dejó París.

—Usted trabajó amistad con un profesor de ascendencia judía... Un tipo raro, según creo haberle oído decir alguna vez.

—¿Se refiere al profesor Vezanken?

El jefe asintió con movimientos de cabeza. Y agregó:

—Él le pide ayuda. Le esperará en Nantes. En este sobre van las instrucciones de lo que tendrá usted que hacer en los primeros momentos, para establecer contacto con el movimiento de resistencia.

Momentos después le tendía la mano en despedida.

—Importa mucho su intervención, capitán Corwin. El Departamento cree notar algunos fallos en nuestros enlaces. Eso hay que corregirlo. A la hora de juzgar, debe ser usted inflexible. No se preocupe de que vaya a ser un compatriota, peor aún, un amigo el que pueda quedar triturado. Lo único importante es que la máquina funcione bien. ¿Entendido?

Dave Corwin no disimuló el disgusto que le producía la carga que le habían echado encima.

—¿No ha podido acordarse el Departamento de un hombre más adecuado?

—Es usted el hombre que la situación precisa. Usted tiene condiciones de mando. Sabe captarse simpatías y sabe ser duro en el momento preciso. ¡Buena suerte, capitán!

Esa misma tarde —26 de agosto del 42— se inició la salida. La expedición se componía de varios destructores y navíos ligeros guardacostas.

Zarparon de Falmaouth. Cuatrocientas millas de un mar lleno de acechanzas, constantemente patrullado por el enemigo, les separaba

de la meta.

Pero la segunda etapa era la más difícil. Tenían que franquear la bocana y remontar el estuario del Loira unas cinco millas.

En la expedición iban alrededor de unos doscientos cincuenta individuos de los «comandos». Cada uno era un enviado especial de la muerte.

Cerró la noche y las siluetas de las naves quedaron extinguidas por el borrón de una negra pesadilla.

A medida que la distancia del objetivo era más corta, las máquinas y los seres acusaban en su pulsación la influencia del peligro cercano.

Los ojos acuchillaban el negro horizonte, como si quisieran destriparlo para examinar todos sus recovecos, tal como habían acuchillado el pelele que les sirvió para ensayar la lucha cuerpo a cuerpo.

De vez en cuando, sobre la negra lámina apuntaba débilmente la luz de algún reflector o de alguna baliza, vagos puntos sobre los que los hábiles navegantes apoyaban la exactitud del rumbo.

El grupo de embarcaciones comenzó a desplegarse. Los grandes cañones giraron a un lado y otro husmeando la noche.

Las naves pequeñas atosigaron sus motores preparándose para la gran carrera.

Ahí estaba la boca del puerto. El estuario era la efusión de dos elementos; un ancho abrazo de la costa en que el mar, cansado, parecía hundirse en el pecho acogedor de la tierra.

Las embarcaciones embestían con su proa la hipotética raya del agua abierta.

El capitán Dave Corwin, con el fusil ametrallador asomando por la borda de la pequeña nave, escrutaba la negra masa situada enfrente. Forzaba la vista hasta sentir los ojos heridos, tratando de distinguir perfiles concretos.

Sabía que se encontraba ya en la boca del monstruo. Había empezado a contar las cinco millas decisivas, estuario adentro.

De un instante a otro podían surgir flamígeros lengüetazos, crujir de naves, estallidos de calderas, todos apresados por las poderosas mandíbulas de la costa.

Dave miró a la hilera de hombres que tenía a su derecha. Los diez hombres que componían el grupo tenían la silueta borrada

sobre la negra cubierta de la nave.

El perfil de cada uno, su forma de ser, fue desfilando por la mente de Dave. ¿Qué sería de cada uno de ellos? Sus hombres tenían la misión de saltar a tierra y situarse en puntos desde los que pudieran apoyar a los «comandos» encargados de destruir la maquinaria del dique.

—Tan pronto saltemos a tierra —dijo Dave—, no os preocupéis por mí. Las órdenes que he recibido son de desaparecer tierra adentro.

Siguió un silencio. Sus subordinados ya sospechaban algo. Después de una prolongada pausa, un subordinado se atrevió a preguntar:

—¿Su misión no podría realizarse mejor si alguno de nosotros le acompañáramos?

—No. De todas formas, gracias, muchacho.

Todos los que iban a bordo de la pequeña embarcación volvieron la cabeza como succionados por un potente aspirador. A muy pocos metros vieron un imponente bloque deslizándose a toda marcha estuario adentro.

Era el «Campbeltown», uno de los cincuenta destructores cedidos por los Estados Unidos a la Gran Bretaña, convertido ahora en potente torpedo.

Esa nave tenía en la roda, casi perforando los ángulos de proa, tres toneladas de explosivos de alta potencia.

El polvorín flotante debía deslizarse hasta las mismas compuertas de la esclusa. Allí el destructor tenía que ser echado a pique por los mismos que lo tripulaban, dejando la carga de demolición con las espoletas graduadas de forma que estallaran un rato después.

El «Campbeltown» pasó veloz, en busca de su próximo fin.

Las pequeñas embarcaciones se deslizaban a la máxima velocidad, pero todavía espolearon más sus motores. Las aguas del Loira se sintieron estremecidas por tanta quilla rasgando su lomo con furia inusitada, en la oscuridad más absoluta.

Y de pronto, como si el río se revolviese dolorido y diese coletazos de cólera, ambas orillas empezaron a chispear. El furioso monstruo clavaba sus zarpas en la negra carne de la noche, abriéndose heridas de fuego.

Los boquetes de las ametralladoras borbotaban y oblicuos chorros de sangre luminosa comenzaron a salpicar el espacio, el agua, la cubierta y los costados de las naves.

Cada arma que irrumpía era un leño más crepitando en la hoguera que por instantes iba siendo más dueña de la noche. Los reflectores eran cíclopes que de pronto interrumpían su sueño y se incorporaban, dirigiendo a un lado y otro iracundas miradas con su único ojo.

Por segundos todo iba siendo del estruendo y la luz. Se empalmaban las llamaradas y el petardeo de los fusiles y las ametralladoras iba siendo asfixiado por el bronco vozarrón de los cañones.

El callejón del estuario iba estrechándose. El destructor «Campbeltown» seguía su marcha a toda presión, afilando con velocidad la cornamenta de su proa para la embestida de las compuertas.

De ambos lado de tierra disparaban contra la nave. De la cubierta de la embarcación disparaban a tierra. Las trémulas rayas de fuego rizaban redes de serpentinas en el gran festival de muerte que acallaba de empezar.

Las pequeñas embarcaciones no contestaban el fuego en tanto los reflectores no las apresaban. Muchas de ellas ya habían conseguido arrimarse a las escolleras. Sus ocupantes se lanzaban a las hendiduras del muro y trepaban por las rampas y escalerilla.

El grupo de Dave Corwin fue de los primeros en abandonar la embarcación.

—¡Deprisa! —ordenó Dave, presintiendo lo que iba a ocurrir.

Apenas el último hombre afirmó los pies sobre las baldosas, dos proyectiles de mortero cayeron sobre cubierta. La nave dio un salto, despegándose, del agua. El motor expandió una gran llamarada, ametrallando una ancha área con trozos de hierro y astillas.

Contra los sillares del muro quedaron aplastados tres hombres del grupo de Dave.

Allá delante se produjo un formidable estruendo. El «Campbeltown» acababa de embestir las compuertas desafiando la catarata de disparos que le caía encima.

Destrincáronse algunos botes salvavidas, que se estrellaron contra la otra banda, cayendo volcados al mar.

Los hombres que habían conseguido pisar tierra avanzaban a saltos, cegados por los potentes relámpagos. A cada momento tenían que pegarse al suelo, para esquivar el turbión de proyectiles.

Las casamatas que orlaban ambas riberas encrespaban su plumaje de llamas fugaces. Se levantaban fogatas provocadas por las granadas de mano, y surgían siluetas de soldado, plasmadas en una actitud trágica, contorsionándose, estallando como una granada más. Cada explosión era como el brochazo de un genio que jugase a plasmar y a borrar formas.

Los alaridos, los agónicos estertores se mezclaban con las secas órdenes de mando.

—¡Debéis dejarme! —dijo Dave a sus subordinados—. ¡El contraataque nazi se va a hacer más duro! ¡Retiraos!

—¿Y usted, capitán?

—¡Voy tierra adentro!

A lo largo de la escollera se tendía una alfombra de soldados muertos. En la maquinaria del dique confluyó por algún tiempo lo más tenaz de la lucha, hasta que poco a poco fue amortiguándose.

Ya era la hora del repliegue. El «Campbeltown» quedaba empotrado contra la esclusa, con la formidable carga pronta a entrar en acción.

En el mar abierto aguardaban los barcos de guerra dispuestos para recoger a los «comandos».

Pero ninguno de los que saltaron a tierra pudo regresar a las lanchas.

Dave Corwin se dio cuenta de que el resto de su grupo tenía cortada la retirada. Pudieron llegar a muy pocos metros de las máquinas del dique, pero varios fuegos cruzados no dejaron resquicio por donde poder filtrarse.

Vio cómo uno tras de otro, todos sus hombres eran abatidos. En un segundo de locura quiso lanzarse a toda carrera, olvidándose de que su misión era seguir tierra adentro. Pretendía cruzar la mortífera red, para unirse a sus hombres, como si con su presencia fuera a darles vida.

En ese instante un reflector empezó a escudriñar en el área donde él se encontraba. Apenas le quedó tiempo de tenderse entre dos compañeros muertos.

Durante un largo minuto la luz permaneció fija entre ellos.

Nadie se movía. No obstante, varias ráfagas de ametralladora siguieron tanteando, rasantes.

Dave advertía las huellas que las balas dejaban en el aire. Creyó sentir hasta su roce.

Por la parte del dique el tiroteo iba calmándose. Hacía ya rato que había sonado la señal de retirada.

En tanto Dave permanecía tendido entre los muertos, consideraba la dirección en que se lanzaría tan pronto decidiese incorporarse.

El plan era aprovechar el caos del dique. Pero se encontró con que tierra adentro se encendía una tempestad de armas.

Esto estaba fuera del plan. Tierra adentro todo debía permanecer quieto.

—¡Habrán cambiado de plan! —murmuró Dave.

Pensó que quizá el Mando aliado había decidido efectuar otros desembarcos para distraer fuerzas del verdadero objetivo...

De un momento a otro podían acercársele los nazis. O lo que todavía era peor; que el «Campbeltown» estallase.

Apoyó las manos en el suelo para incorporarse. Un líquido cálido, pegajoso, hizo chascar sus manos al apoyarse sobre las baldosas. Entonces se dio cuenta de que su ropa, por la parte del pecho, la tenía empapada de sangre. No era suya. A excepción de la desolladura que se produjo al saltar de la lancha. La tolvenera lo había envuelto sin producirle el más leve daño.

Oyó pasos muy cerca. Los que defendían la maquinaria del dique y los de las casamatas próximas habían salido para recorrer las márgenes.

Con lámparas de bolsillo iban examinando los cuerpos tendidos. El fragor del lejano combate aumentaba.

Dave fue arrastrándose hasta llegar a un muro de sillares que servía de contención a una rampa. Buscó el sitio más bajo y con el mayor sigilo saltó, cruzó la rampa y antes de que pudiera advertirlo, cayó por un terraplén.

Rodando fue a parar al reguero que formaba una vía del ferrocarril y el paredón que servía de sostén a la rampa.

Su caída produjo ruido. De varios sitios surgieron estrechos haces de luz barrenando en la dirección en que se encontraba Dave.

No intentó corregir la postura en que había quedado. Una de las

lámparas acababa de enfocar sus pies y fue subiendo, hasta alcanzar su rostro.

Nada más frío, más petrificado que el gesto que aparecía en el rostro de Dave. Mantenía las manos crispadas sobre el pecho.

La lámpara que lo enfocaba caía casi vertical de lo alto de la rampa. Dave sentía sobre su rostro aquella luz sin calor y temía que persistiera fija en su cara. Temía parpadear de un momento a otro...

Se daba cuenta de que aquellos eran sus segundos más difíciles. Paralela a la luz de la lámpara habría algún arma apuntándole. El más leve movimiento provocaría el disparo.

No le cabía el consuelo de morir dando zarpazos. Su fusil ametrallador había quedado debajo de él y para mayor ironía sentía el depósito repleto de municiones molestándole en la espalda.

La luz de la lámpara se apartó de su cara y fue a detenerse en su pecho. De pronto se apagó.

En lo alto del puente sonaron palabras en alemán. Luego se oyeron pasos alejándose.

Fue entonces cuando Dave se decidió a respirar. Pensó en que la sangre que le manchaba el pecho lo había salvado. Eso era lo que había dejado indeciso el dedo que oprimía el gatillo del arma enemiga.

Dejó que el ruido de pasos y voces se alejaran.

Por grados sucesivos su atención fue desprendiéndose de cuanto ocurría en torno.

Sus sentidos apuntaron lejos. Tierra adentro seguía el combate.

Se levantó y fue deslizándose pegado al muro. Debajo de un pequeño puente se detuvo. Un grupo de soldados nazis corría bacía la rampa que Dave cruzó momentos antes.

Continuó andando, sin separarse del muro. Paralelo a la vía anduvo un largo trecho, luego se separó de los rieles.

Todos los accidentes del terreno los aprovechaba para agazaparse. Consiguió internarse en una arboleda.

Dos horas más tarde coronaba una prominencia. Miró a todas partes, sin saber a dónde dirigirse. Todavía se oía tiroteo, pero muy lejano.

Se desorientó cuando atravesó la arboleda. Hasta entonces había procurado mantener el río a su izquierda.

Confiaba en sortear todos los peligros y llegar a Nantes. Pero

ahora el punto de referencia del Loira había desaparecido.

No le quedaba más remedio que buscar un punto estratégico y aguardar a que amaneciera.

Donde se encontraba no era el sitio más adecuado. Una loma calva, que seguramente destacaba en un valle desnudo.

Comenzó a descender, dejándolo todo a merced del azar. Ya en el llano se encontró de pronto ante una acequia. Y decidió seguirla, bordeándola. A ambos lados se levantaba una vegetación bastante alta. Esto le satisfizo.

Poco a poco el sitio por donde marchaba comenzó a señalar una rampa ascendente. Por instantes se separaba más de la acequia.

Asomó al borde de una meseta en cuyo centro se entreveía la silueta de una casa. Preparó el arma y esperó.

Le extrañaba que ningún perro anunciase su presencia. El silencio y la oscuridad más absoluta envolvían todo.

Se decidió a cruzar la plazoleta que precedía la entrada de la casa, cuando un extraño ruido lo obligó a agacharse. Lo que oía le pareció una respiración ronca, anhelosa.

Poco a poco en esa respiración advirtió algo de quejido, de esfuerzo de agonizante. Con el arma lista, procurando pisar lo más suavemente posible, echó a andar en la dirección en que se oían los estertores.

Cuando estuvo a muy pocos pasos del edificio se dio cuenta de que la casa no era más que unos paredones en pie. Asomó la cabeza por una esquina, y luego se decidió a seguir avanzando hacia donde se oía la angustiada respiración.

Sus pies tropezaron con un cuerpo humano, tendido en el suelo. Pero los quejidos se oían más lejos. Sin inclinarse siquiera para cerciorarse de que estaba muerto, desvió los pasos e intentó seguir hacia el sitio donde oía los estertores.

Tropezó con otro cuerpo. Y otro.

Hubo un momento en que Dave se creyó inmerso en un pozo de muertos, cuyo nivel estuviese subiendo lento, retardando el instante en que el británico quedaría anegado.

Se serenó enseguida. Se inclinó y fue tanteando los muertos. Cuando encontraba un sitio despejado, colocaba los pies.

Había tocado algunos correaes. Y ropa de paisano. Debía tratarse de algún grupo de guerrilleros.

Llegó a donde estaba el que todavía respiraba. Dejó el fusil a un lado para con las dos manos apartar el cuerpo de un muerto que se bailaba sobre el vientre del que respiraba.

En el momento en que lo conseguía, la luz de una lámpara automática se volcó sobre Dave.

—¡Arriba las manos! —conminó una voz enérgica.

Dave no intentó siquiera volverse en la dirección en que había sonado la orden. Manteniendo los brazos en alto, se incorporó.

En varios sitios se oyeron pasos. La luz que lo enfocaba apenas se movió.

CAPÍTULO II

LA orden de levantar los brazos fue dada en francés. Esto apenas llamó la atención de Dave. Los pasos seguían oyéndose, cada vez más cerca.

—¿Quién eres? ¿Qué buscas aquí? ¿Sabes francés?

El tono seguía enérgico, apremiante.

—Soy un oficial británico —contestó lentamente—. Aquí no buscaba nada.

—¿De veras? —ahora el tono era sardónico.

—Me alejaba de la costa. Al pasar cerca de aquí me ha parecido que alguien se quejaba. Está a mis pies y creo que aún respira.

Como si el herido se hallase en condiciones de poder oír, en ese momento su ronca respiración irrumpió fuerte. La lámpara se inclinó buscándole el rostro.

Apareció una cara emborronada por la sangre. La luz se apagó.

—Somos franceses —dijo la misma voz que le ordenó levantar los brazos—. Pertenecemos al movimiento de resistencia.

Hizo una intencionada pausa y agregó, mordaz:

—Gracias a vosotros vamos a tener una noche señalada.

Varias maldiciones siguieron a otras palabras. Dave se dio cuenta de que a pesar de encontrarse entre enemigos de los nazis, su situación no había cambiado mucho.

—¿Qué es lo que sucede?

Una voz colérica contestó:

—¡Habéis metido una finta en nuestra costa y os habéis retirado! ¿Con qué fin hacéis estas parodias?

Dave no pudo contenerse.

—¡Llamáis parodias a esto!

Pensó en los componentes de su grupo, todos acribillados apenas saltar a la escollera. De los doscientos cincuenta «comandos»,

¿cuántos habrían conseguido escapar?

—¡Sí, lo llamamos parodias, cochinas farsas! ¿Para qué venís? ¡En el momento que habéis encontrado una pequeña oposición os habéis retirado!

—Nuestro repliegue se ha efectuado tan pronto terminamos nuestra misión —contestó Dave.

Sonaron risas sardónicas.

—¡Vuestra misión! ¿Puede saberse cuál era?

—Volar el dique.

—¿Y lo habéis conseguido?

Ahora la voz del francés sonaba tan cáustica que al británico se le hizo insoportable.

—¿A qué viene esto? ¿Entre qué gente me encuentro?

Se hizo un pesado silencio, cargado de dramatismo. Las tinieblas borran los muertos esparcidos por la meseta, pero los intermitentes quejidos del herido se encargaban de colocar en el ánimo de todos la macabra escena.

—Habéis venido a destruir el dique, pero el dique se encuentra en su sitio, intacto.

Ahora fue Dave quien se sintió abrumado. Lo que el francés decía era verdad.

Hasta ese momento, la preocupación de alejarse de la costa no le permitió pensar en otra cosa. Ahora reparaba en que era imposible que se hubiese producido la explosión sin que el estampido llegara hasta donde ellos estaban.

Dave conocía la orden dada a los encargados de graduar las espoletas de las cargas de demolición. El estallido debía haberse efectuado por lo menos dos horas antes.

Algo había fallado.

—Ignoro por qué motivo... —empezó Dave.

En ese momento el herido emitió unos quejidos distintos a los de antes. Parecía que fuera a hablar. El británico se inclinó. Otros hicieron lo mismo. La lámpara volvió a encenderse.

Dave le cogió una muñeca y le tomó el pulso. A excepción de la cara, en ningún otro sitio se le apreciaba herida alguna.

Uno de los guerrilleros se despojó de la camisa y poco a poco un tosco vendaje fue cubriendo el sanguinolento rostro. Un trapo oscuro asfixiaba la luz de la lámpara de forma que a unos cuantos

pasos ya no se distinguía.

—Si no tienes otros planes, puedes agregarte a nosotros —dijo el que parecía mandar el grupo.

Dave no contestó. Se inclinó y tanteó el suelo, hasta que encontró el fusil ametrallador.

Confuso, abrumado por algo que todavía no veía claro, echó a andar por el misino sitio en que iban los guerrilleros.

* * *

Uno de los franceses le acompañó al sótano para enseñarle tras de una tinaja, el boquete practicado en la pared de tierra. Luego lo dejaron solo.

El caserón, asomado al borde de una colina, se hallaba construido sobre los restos de una atalaya feudal. Todo un lado del edificio estaba en ruinas por los cañonazos recibidos dos años antes, cuando el avance alemán.

A excepción del individuo que le había acompañado para que conociera el conducto de escape, nadie más le había dirigido la palabra.

De entre todos aquellos hombres, una figura había ido perfilándose con trazos enérgicos. Era «Max», el que le ordenó levantar los brazos.

Apenas llegar, el jefe del grupo tuvo una conversación con su gente, en voz baja. De vez en cuando dirigían fugaces miradas al británico.

Después de ver el sótano donde dominaba un punzante olor a vino agrio. Dave se quedó en una habitación contigua a la que ocupaba el herido.

Encendió un cigarrillo. El paquete estaba aplastado y manchado de sangre. Una agradable lasitud fue apoderándosele.

Perdió la noción del tiempo. De pronto, rumor de pasos y conversaciones en la habitación inmediata, le impulsaron a levantarse para averiguar qué gente había acudido.

Tenía derecho a saber con qué medios de defensa contaban. Ni siquiera poseía una vaga idea del sitio en que se encontraban. Pronto amanecería.

—¿Estas allí, «comando»? —preguntó alguien situado en la puerta.

Para Dave el vocablo sonó áspero, lleno de aristas.

—Estoy aquí... «resistente».

Procuró que su respuesta llevase la mayor carga posible de sarcasmo.

El francés no pareció advertir nada molesto en la contestación y avanzó hasta situarse frente a Dave.

—¡Vaya noche! —comentó.

Fue entonces cuando Dave se dio cuenta de que aquel hombre era el que le acompañó al sótano. El único que desde el primer instante mantuvo una actitud más abierta con él.

—Acaba de llegar un cirujano... Tal vez se salve —explicó el francés.

Dave no supo qué responder. Sacó el paquete de cigarrillos y ofreció al guerrillero. Este aceptó.

—¿Conocéis a ese herido? —preguntó Dave.

—Nadie lo hubiera conocido si no llega a hablar. Afortunadamente lo hizo apenas llegamos aquí. Se trata de un buen elemento. Junto con el doctor ha venido quien lo conoce bien... Si se salva podrá decir que ha nacido otra vez.

El francés parecía muy alterado. Dave preguntó:

—¿Pensáis seguir aquí cuando se haga de día?

—Si los nazis nos dejan, sí,

—¿No será demasiado arriesgado?

El francés chascó la lengua y manifestó:

—A partir de esta noche, en cualquier sitio que nos encontremos va a ser arriesgado.

El tono no podía ser más sombrío.

—¿Por qué?

—Vuestra visita a Saint Nazaire dejará una dolorosa huella en el pueblo francés. Ha habido un trágico error...

—¿Al no estallar el dique?

—¡Al diablo el dique y vuestra endemoniada carga! Lo peor ha sido que la comarca interpretó vuestra «visita» como señal de que la hora de la libración había sonado, y se ha lanzado al ataque...

—¡No! —Dave se quedó mirando al francés, aterrorizado.

—La equivocación se está pagando cara. Escenas como la que hemos visto en la meseta, hay muchas a estas horas.

La confusión de Dave fue tan completa, que hubo momento en

que llegó a considerarse culpable de aquella tragedia.

Y para mayor sarcasmo, la carga aplicada al dique no había estallado.

—Pero, ¿cómo los grupos de resistencia no han sabido advertir a tiempo el sentido de nuestra acción? —preguntó el británico.

—El ansia de vernos libres del invasor es inmensa... Además, ¿quién iba a suponer que los aliados desplegasen tanta aparatosisad para un simple amago?

Sin la explosión del «Campbeltown», el esfuerzo realizado por los «comandos», resultaba grotesco.

Quedaron unos momentos en silencio. El francés se inclinó a mirar por una ventana. Varias sombras venían apresuradamente hacia la casa.

—Vamos a ver qué nuevas nos traen.

Dave decidió acompañarle. Llegaron al zaguán en el instante en que los recién aparecidos, rodeados por los que estaban en la casa, empezaban a explicar la situación.

—Nos encontramos con algunos compañeros y los encaminamos a la meseta —dijo un guerrillero.

—¡Mal hecho! —juzgó «Max»—. ¡Yo no te lo mandé!

—Pero fue preciso... Algunos del grupo querían comprobar quiénes eran los muertos.

«Max» estaba por momentos más disgustado. Clavó una mirada impaciente en el guerrillero.

—¡Di qué ha ocurrido!

—Cuando llegamos a la meseta fue necesario encender una lámpara para reconocer los cadáveres.

—¡Estúpidos! —rugió «Max».

—Tú también la encendiste cuando me disteis el alto —intervino Dave, con ganas de pelea.

El cabecilla francés se limitó a mirarlo y volvió otra vez a dirigirse al compatriota.

—¿Empleasteis la lámpara sin la menor precaución?

—¡No, «Max»! ¡Ahogamos la luz lo más posible! Pero debían andar cerca.

—¿Quiénes?

—¡Los nazis! Cuando nos dimos cuenta estábamos rodeados.

«Max» contrajo el rostro. Luego hizo un gesto de burla.

—¿Qué más? ¿No habéis dejado un reguero hasta aquí?

—No... Rompimos el cerco por distintos sitios y nos esparcimos. Unos han vuelto al bosque. Otros han marchado en dirección al río... Los menos hemos venido aquí, pero dando un largo rodeo. Yo me he adelantado con estos dos compañeros... Traemos algunos heridos. Si crees que no deben subir hasta aquí, iré a avisarles.

—¡Magnífica ocasión para ofrecernos en bandeja a nuestros enemigos! —exclamó «Max».

Se puso a dar zancadas. Su mano no se separaba de la pistola ametralladora que tenía sujeta al cinto.

De pronto pareció reparar en el británico. Y como si hasta entonces no hubiese tenido idea de que Dave se encontraba presente, dijo:

—¡Hola, «comando»! —otra vez el vocablo pareció llevar aristas—. ¿Te das cuenta de la obra que habéis realizado? ¡Toda nuestra red clandestina está saltando en pedazos! Dos años de paciente y peligrosa labor la habéis destruido vosotros en una sola noche. ¡Este «dique» sí que lo habéis demolido!

Dave le miró con fría calma. En tono que parecía tranquilo dijo:

—Por lo que he visto hasta ahora, tú eres el jefe de este grupo. Muy bien. «Max», esto va a simplificar el que yo sacie un deseo que me corroe desde que os trato...

—¿Cuál es?

—¡Contestar a vuestras impertinencias! Yo siento como el que más lo que os ha ocurrido. Pero no puedo consentir que paséis por alto que yo no soy más que un militar que se ha limitado a cumplir órdenes. Ignoro por qué la carga del dique no ha estallado... Lo que me importa señalar es que sobre las escolleras y en el fondo del estuario ha quedado un reguero de muertos, militares como yo, que son británicos, americanos... ¡franceses...! En nombre de ellos, por lo que yo represento aquí, exijo que inmediatamente cambiéis de actitud conmigo.

—Es lo que pensamos hacer —replicó «Max», con la misma calma que el británico—. Teníamos el propósito de separarte de nuestro grupo para que tú te las entendieras solo por ahí. Si entre nuestros compañeros encontrabas a alguien que quisiera ayudarte, mejor para ti. Pero ahora eso va a ser muy peligroso. Los nazis andan cerca y tú sabes demasiado sobre nuestro escondite.

En la penumbra del zaguán se vieron los ojos de Dave, fulgiendo de ira.

—¿Qué quieres dar a entender?

—Que no nos interesa dejarte, suelto. Tu uniforme militar es una ventaja para ti, si te cogen prisionero. Pero con nosotros no ocurrirá lo mismo. ¿No has visto al grupo tendido en la meseta? Ese es el sistema que se emplea con un ejército subterráneo como el nuestro.

—Entonces ¿qué pensáis hacer conmigo?

—En primer lugar, desarmarte.

—Lo veo difícil —contestó Dave, al tiempo que retrocedía hacia el portal y levantaba el cañón de su fusil ametrallador. Si queréis que yo también me deje llevar de los nervios... ¡Yo también necesito desfogarme!... ¡Levantad todos los brazos! ¡Tú el primero, «Max»! ¡Pronto! ¡Voy a disparar...!

Dave se había transfigurado. Su voz había adquirido un timbre acerado. Su estatura parecía haber aumentado.

A pesar de la energía con que hablaba, no se advirtió en su voz ninguna inflexión estridente. Imponía precisamente por la igualdad de tono con que cada vocablo rodaba a los pies de los guerrilleros.

«Max» fue el primero en levantar los brazos. La estupefacción parecía haber petrificado a todos.

—No vacilaré en disparar contra cualquiera de vosotros, porque quiero que los que hace unas horas cayeron sean respetados. Si el llevar este uniforme constituye una ventaja, estoy dispuesto a vestir como vosotros... Correré vuestros riesgos. Eso es lo que os propongo. Decidme lealmente si me aceptáis así. En caso afirmativo, impondré una condición...

—¿Cuál? —preguntó «Max».

—Quiero compartir el mando en tanto exista el peligro de que los nazis nos rodeen.

Tras una pequeña pausa, añadió:

—Si eso os resulta inaceptable, decid «no» escuetamente y me limitaré a marcharme. Si caigo prisionero os juro que no hablaré de vosotros... ¿Qué contestas, «Max»?

Se hizo el silencio. Y de pronto, fuera del portal, a muy pocos pasos de Dave, una voz juvenil, henchida de rencor, gritó:

—¡No contestes, «Max»! ¡Di solamente si quieres que dispare!

El británico iba a volverse, cuando «Max», destacando del grupo,

dio unos pasos hacia Dave. Sin dejar de mantener los brazos en alto, contestó, muy afectado:

—¡No, Gielle! ¡No dispaes!

Detrás de Dave, todavía más cerca que antes, sonó una breve risa, llena de burla.

—¡Ya lo suponía...! ¡Todo son desplantes, «Max! En un momento como este... ¡Dios mío...!

Parecía que fuera a romper en sollozos. Dave se volvió y vio una figura esbelta, con indumentaria de hombre.

El británico apenas prestó atención al arma que la muchacha empuñaba. Lo que captó su atención fue la lumbre que irradiaban sus ojos, como queriendo apuñalar el rostro del «comando».

«Max» pasó junto a Dave.

—¡Gielle! ¿Cómo estás aquí?

—¡El motivo lo sabes de sobra! —contestó ella, ron voz súbitamente ronca—. Vengo a darte las «gracias» por haber cumplido lo que prometiste.

«Max» pareció desconcertado, por la hostilidad que ella le demostraba.

—No te comprendo... ¿Qué es lo que ocurre?

La cogió de los brazos para mantenerla quieta. Pero en un brusco ademán Gielle se soltó.

—¡Déjame!

Fue un grito que anunciaba un sollozo. La muchacha se metió corriendo en la casa. Al llegar al fondo del zaguán, ante una puerta cerrada se detuvo.

Miró al guerrillero que momentos antes refirió el encuentro que habían tenido con los nazis, y preguntó:

—¿Es aquí donde está el herido?

Antes de que el guerrillero contestara, dijo «Max»:

—¡No entres! Espera a que termine el doctor.

Pero ella no se dignó siquiera mirarle. Abrió la puerta y entró, cerrándola luego.

«Max» sufrió un acceso de cólera. La rebeldía de la joven reverdecía el desafío lanzado momentos antes por el británico.

—¡«Max», no culpes a Gielle de nada! —dijo el guerrillero que refirió el encuentro con el enemigo.

—¿También tú me reprendes?

—¡Gielle ha venido conmigo a la meseta! ¡Ha visto a su padre!

—¡No! —exclamó «Max», hondamente afectado.

—Se hallaba muy cerca del sitio en que se encontraba ese herido —siguió el guerrillero, señalando la puerta por la que había desaparecido la muchacha—. Gielle se encontraba abrazada al cadáver de su padre cuando nos dimos cuenta de que los nazi nos rodeaban. Ella entonces sufrió un arrebato de locura.

Se interrumpió, para pasarse la mano por la frente, llena de sudor. Todos le escuchaban con gran ansiedad.

—Nos fue casi imposible contenerla. Con su pistola de juguete quería lanzarse contra el enemigo.

«Max» fue retrocediendo hacia el portal. Se apoyó contra la puerta, abrumado.

—¡Le prometí que evitaría que su padre interviniera en esta guerra sorda! ¡Y sí que he cumplido mi promesa! —exclamó, afectado.

De nuevo un pesado silencio se volcó sobre ellos. De vez en cuando, allá dentro, tras la puerta por la que se había marchado Gielle, se oía un leve rumor de pasos, el choque de alguna vasija...

«Max» se colocó frente a Dave.

—¿Mantienes todavía tu oferta, «comando»? —preguntó.

—Sí —contestó el británico—. En todas sus partes.

—La que se refiere al mando es la que ahora más interesa. Cuando quieras, puedes empezar a exponer tus planes.

—Creo que antes convendría que se replegaran aquí los que esperan al pie de la colina, si no he entendido mal, hay algunos heridos.

—Que baje Calvignac.

Este no esperó a que se lo dijeran por segunda vez. Era el que había acompañado a Gielle. Desapareció en las tinieblas.

—¿Tienes emplazados suficientes escuchas en torno a esta altura? —preguntó Dave.

—Aquí arriba solo se puede llegar por la parte que hemos utilizado nosotros. A cada diez metros he puesto un centinela.

—¿Cómo estamos de armamento?

La respuesta no pudo ser más deprimente. El fusil de Dave era la única arma de largo alcance.

El británico iba a proponer internarse en poblado, pero se

contuvo a tiempo. Él mismo acababa de indicar que subieran los heridos.

—¿Nantes queda muy lejos? —preguntó.

—Lo suficiente para que no podamos alcanzar sus arrabales en lo que queda de noche —contestó «Max»—. Nos encontramos a más de veinte kilómetros de la ciudad. Además, cualquiera de nosotros prefiere correr el riesgo en campo abierto.

—Es preciso hacernos con una emisora, o enlazar con alguna de las que operan en la clandestinidad. ¿Será posible?

—Nada difícil si conseguimos que un enlace nuestro entre en Nantes.

—Pues es lo primero que debemos intentar. Urge que yo envíe un mensaje a Londres comunicando lo que no ha ocurrido en el dique y dando cuenta de la tragedia que se está desarrollando en la comarca.

—¿Lo que no ha ocurrido?

En la pregunta de «Max», sin poderlo evitar el cabecilla francés, había un matiz irónico.

—Estoy convencido de que un crucero con toneladas de explosivos en la proa se ha clavado en el objetivo. Que no se haya producido la explosión es cosa que Londres tendrá que resolver, tal vez enviando una masa de bombarderos.

Se interrumpió, para mirar a los guerrilleros.

—El drama del pueblo francés es más difícil de resolver —continuó Dave—. Habrá que estudiar la forma de que el movimiento clandestino se desenvuelva sobre un plano de mayor control.

Se calló que precisamente esa era su misión: Investigar, organizar.

—Es cierto —contestó «Max», como adivinando el reproche que el británico no se atrevía a pronunciar, por no herirlos—. ¡A los dos años, casi tres, de haberse producido la invasión, la red clandestina está prendida con alfileres!

Dave asintió, con movimientos de cabeza.

—La llaga de esta noche debe hacer meditar, tanto a los de aquí como a los situados al otro lado del canal. Si conseguimos enviar el mensaje, os aseguro que muy pocas horas después dispondremos de material de defensa. ¡Tenemos que procurar que esa ayuda no

llegue demasiado tarde! —concluyó Dave, fijando la mirada en unas sombras que parecían moverse en las tinieblas.

Varios salieron al encuentro de los que acababan de asomar en la colina. Eran guerrilleros trayendo heridos.

Los últimos en aparecer traían a un muerto. Con ellos iba Calvignac.

—Tenemos cerca una patrulla nazi —anunció.

—¿Por dónde van? —preguntó «Max».

—Por la parte del molino.

—¿Os han advertido?

—No sabemos... Tal vez sí, y estén esperando que amanezca.

Hubo una pausa.

—¿Qué opinas, «comando»? —preguntó «Max».

—Que deberíamos anticiparnos —contestó Dave, sin vacilar.

—Estoy de acuerdo.

Regresaron a la casa. Los dos heridos que habían llegado pasaron a la habitación donde estaba el otro.

El cirujano, un joven de mediana estatura y cara redonda, un carácter alegre a prueba de contratiempos, al ver la nueva tarea movió los hombros y dijo:

—¡Adelante!

Cedió el paso a los que transportaban los heridos y salió, para pedir un cigarrillo. «Max» se lo ofreció.

—¿Qué, «Ernest»?

El joven doctor miraba al británico.

—Creo que vivirá... aunque solo sea para pedirme cuenta por lo que lo he hecho padecer —y se echó a reír—. ¿Solo estos dos?

—Por ahora —contestó «Max»—. Vamos a intentar una batida.

—Más «trabajo» a la vista. ¡Qué se le va a hacer!

Y se metió en la habitación.

«Max» hizo un recuento de hombres y armas, en tanto Dave procedía a redactar un mensaje. Cuando terminó, preguntó a «Max»:

—¿Quién ha de llevarlo?

—El pequeño Jules.

Era un chiquillo, de aire avisado. Dave le puso una mano sobre los revueltos cabellos.

—¿Podrás?

—¡Oh, sí!

—¿Cuánto tiempo crees que tardarás en entregar él mensaje?

El chiquillo no vaciló en la respuesta.

—Antes de tres horas ya me habré metido en Nantes. En el mercado me pondré en contacto con un viejo que vende ropa usada... Luego todo será fácil.

—Te voy a repetir lo esencial del mensaje para que lo grabes en tu memoria.

Cuando le pidió que repitiera de viva voz los conceptos más importantes, Dave aprobó:

—¡Muy bien, muchacho! —dobló el papel en varios pliegues y mirando al chiquillo, preguntó—. ¿Lo rompemos?

—Como quiera... Pero si consigo alejarme de la colina le aseguro que no me cogerán. Sé por dónde ir.

Su corta edad quedaba contrarrestada por el tono de convicción con que hablaba. Le dio el papel y el muchacho se lo metió en un bolsillo, sin más precauciones.

—Antes de que se marche el chiquillo habrá que explorar la salida —aconsejó Dave.

—Eso vamos a hacer —contestó «Max».

Dejaron dos escuchas en lo alto de la colina. El camino era abrupto, cortado a pico en la roca. El único acceso a la cima era aquella hendidura.

La oscuridad era tan maciza que apenas si a unos cuantos pasos distinguían las curvas de la roca. Antes de llegar al llano se dividieron en tres grupos.

Dave se hizo cargo del que tenía que ir delante. Solo cuando el primer grupo llegó a la base de la prominencia echó a andar el segundo.

Dave con tres hombres detrás, echaron por una estrecha vaguada. Se sabían encajonados entre dos elevadas lomas. Solo el silencio y la oscuridad podía ampararlos.

De cualquier punto esperaban flamígeros trallazos. Se detuvieron varias veces, tendiéndose sobre un suelo de arena.

Por fin los altos paredones mostraron un declive que se perdía en campo abierto.

Se detuvieron. Todos, a excepción de Dave, se tendieron. El británico miró hacia atrás y esperó.

Al poco empezó a insinuarse una vaga forma. Era el chiquillo.

—¿Seguimos más adelante? —susurró el británico.

—No... Por aquí ya no hay peligro. Sé por dónde me he de meter.

—¡Suerte!

—¡También ustedes!

La oscuridad lo absorbió enseguida. Dave siguió en pie con el fusil alerta.

Tras unos minutos de espera tocó a los que se hallaban tendidos, indicándoles que era el momento de retroceder.

Regresaron empleando la misma precaución. Cuando llegaron al principio del corte que conducía a la cima. «Max» y uno de su grupo salieron para explorar por el lado izquierdo.

Dave hizo lo mismo por el otro lado. El británico y los que le seguían pudieron andar poco pegados a la falda de la prominencia. Pronto tuvieron que desviarse porque un corte profundo aislaba por aquella parte el rocoso macizo.

De pronto Calvignac se acercó a Dave y le murmuró:

—¡Ahí está el molino!

A muy pocos metros, al borde de una cortadura se entreveía una mole, rectangular. Antes de que los guerrilleros tuvieran tiempo de conjeturar nada, oyeron un leve crujir de madera.

Instintivamente el grupo se agachó. Esperaron un tiempo, pero nada más volvió a oírse.

—Tal vez ahí se ha refugiado una patrulla nazi —susurró Dave.

Expuso rápidamente el plan que acababa de ocurrírsele. Los guerrilleros metieron en sus fundas las pistolas. Luego, en la mano derecha de cada uno apareció un cuchillo.

En individuo tras de otro echaron a andar, agachados, formando un ancho arco que a los pocos instantes fue cerrándose, mientras se acercaban al edificio.

Se detuvieron cuando estuvieron muy cerca, tratando de averiguar la estructura de la casa. Otra vez oyeron el crujido de madera, pero tan cerca y tan claro, que les pareció que el ruido era atronador.

Era la puerta del molino, que acababa de ser abierta. Ninguna luz se vio en el interior. Pero el recuadro del vano destacaba con una oscuridad distinta a la de la fachada.

Además, se entreveía bajo el dintel la figura de un hombre. ¿Un

soldado nazi? ¿Un campesino francés?

—El molino estaba abandonado —musitó Calvignac, al oído de Dave.

El británico dio la señal de avanzar. Hombres en actitud arqueada, como felinos dispuestos al salto; manos aferradas al mango del cuchillo, empezaron a moverse, todos concentrando la atención sobre un mismo punto.

Quien fuese el que permanecía en el umbral no parecía hallarse muy tranquilo. A no ser por el ruido de la puerta, ninguna otra señal hubiera señalado su presencia.

En instante sus ojos parecieron adquirir luz. Los guerrilleros lo advirtieron, en un relumbre fugaz. Fue en el instante en que los recuadros de la puerta y ventanas, y el perfil de la casa, adquirieron un trazo más definido. También la curva de los peñascos circundantes...

Amanecía. Fue en ese segundo en que empezaba la transición de la luz cuando los guerrilleros dieron un salto. Del marco de la puerta surgió un fogonazo.

Uno de los guerrilleros emitió un alarido y se desplomó.

Fue el único disparo. Al momento el arma rodó al suelo. Dos cuerpos estrechamente abrazados empezaron a debatirse. Sobre los resuellos de la lucha destacó el escalofriante choque del cuchillo abriéndose paso a través de la ropa, la carne, los huesos...

Otros ruidos se producían en el interior del molino. La táctica que Dave recalcó momentos antes era que cada guerrillero se señalase un determinado objetivo.

Y tan pronto hubo surgido el disparo, el guerrillero que se encontraba más próximo se arrojó sobre el soldado nazi. La puerta quedó libre.

Dave y los otros, sin detenerse a mirar si el compañero podía con el soldado enemigo, se lanzaron dentro.

A ciegas dieron con el enemigo. En plena oscuridad, casi en total silencio, se desarrolló la feroz lucha. Solo al principio se oyó algún vocablo en alemán o en francés.

Poco a poco, la escena fue sumiéndose en el más trágico silencio, al tiempo que la oscuridad iba diluyéndose en un azul cada vez más claro.

Cuando la luz en el interior del molino tuvo suficiente potencia

para que unos y otros pudieran verse las caras, tres hombres en pie, arrimados a la pared, respirando fatigosamente, se miraron.

Fue un limpio destello humano lo que sus ojos traslucieron durante unos segundos. Enseguida se borró. Y volvieron a mirarse sin sentir horror de estar empuñando un cuchillo que todavía chorreaba sangre.

Asomó en la puerta el guerrillero que había luchado con el nazi. Era Calvignac. Con una mano se oprimía un lado del pecho.

—¿Te han herido? —preguntó Dave.

—En una de las sacudidas me he dado un refilonazo. Pero no es nada.

Se quedó mirando el impresionante espectáculo que ofrecía aquella habitación. Cuatro soldados nazis y un guerrillero francés yacían muertos. El soldado situado cerca del guerrillero todavía empuñaba el machete con el que le había dado muerte.

—Hay que borrar toda huella en el exterior —dijo Dave.

Los dos cadáveres que había en la puerta fueron metidos en el molino.

—No podemos entretenernos en enterrarlos —dijo un guerrillero.

—Ya habrá ocasión —agregó otro.

—Hay que cargar con todo el armamento y munición —indicó Dave.

Cuatro fusiles y una pistola, más varias cartucheras repletas de munición, eran el precio a las dos bajas sufridas.

Salieron del molino a todo correr. Marchaban amparándose en la pendiente que ofrecía la cortadura.

Cuando llegaron a la base de la colina vieron a «Max» y otros dos guerrilleros.

La luz del día se estaba volcando con toda rapidez. La ligera neblina que aún enturbiaba el horizonte iba a quedar muy pronto despejada por la embestida del sol.

Prismáticos y telémetros se desprenderían de la empañadura de la noche y escrutarían en todos los repliegues del terreno.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó «Max», con un gesto de entusiasmo ante el botín de armas largas.

Sin detenerse. Dave se lo refirió. Subían la empinada cuesta con toda la rapidez que les permitían sus fuerzas.

En un sitio bien resguardado de la hendidura quedó un guerrillero, provisto de un fusil.

—Vigila, pero sin hacerte visible en ningún momento —le mandó Dave.

El plan era meterse todos los demás en la casa, y desaparecer mientras las circunstancias no lo exigiesen.

—De todas formas las huellas de nuestro paso han quedado en el molino —comentó Dave, al entrar en la casa—. Si da la casualidad de que no pasa ninguna patrulla enemiga, podremos tener un respiro.

Al entrar en la casa, con quien primero se encontraron fue con el joven doctor.

—¿Qué tal la excursión? —preguntó jovialmente.

Instintivamente se acercó a Calvignac. Todos iban sucios de sangre, pero él supo adivinar dónde había carne mordida.

—¿A ver...? ¿El plomito que hemos oído disparar? —preguntó.

—No —rezongó Calvignac—. Un rasguño de mi propio cuchillo.

Miró la herida y comentó:

—Como «rasguño» no está mal... Ahí tienes una habitación con dos camas preparadas. Échate en la que prefieras. Estaré contigo enseguida.

Calvignac se marchó. El cirujano «Ernest» se dispuso a entrar en la habitación en que fueron hospitalizados los primeros heridos. Pero mostrando una ancha sonrisa, se quedó mirando a Dave.

—Cuatro fusiles y un solo herido... ¡le felicito capitán!

—También hemos tenido dos muertos, doctor —contestó sombríamente el británico.

—¡Ah! —y la sonrisa se retiró rápidamente—. De todas formas, es una victoria... ¡Celebro que se encuentre con nosotros!

Empujó la puerta, entró en la habitación y al momento apareció cargado con un maletín, para meterse en la habitación de Calvignac.

Algunos guerrilleros se habían metido en una especie de corralillo donde había un pozo. Desde hacía unos instantes se oía la garrucha y el cubo.

El ruido del agua puso en Dave una incontenible necesidad de lavarse, y de cambiar de ropa. Aquel uniforme era una cobertura que lo colocaba en situación privilegiada.

A pesar de que la aceptación de una guerra era admitir el lanzarse por una vertiente llena de monstruosidades, los beligerantes de estructura regular, los ejércitos reconocidos, procuraban respetar unos acuerdos sobre los prisioneros de guerra.

—¿Disponéis de ropa para mí? —preguntó Dave.

—¡Bah! No creo que tengas en cuenta lo que hablamos anoche. No hay duda de que todos te aceptamos sin ninguna clase de reservas.

—Tal vez exista «alguien» —replicó Dave.

«Max» comprendió enseguida que aludía a Gielle, y miró hacia la habitación donde se encontraba el primer herido. Tal vez la joven les estaba oyendo.

Y el francés ensombreció el rostro. Temía el momento en que volviera a enfrentarse con la mirada de Gielle.

—Voy a lavarme —dijo el británico.

Y aún no había llegado al corralillo, ya se estaba arrancando a tiras la destrozada ropa, sucia de sangre y tierra, en la que apenas se veía el distintivo de oficial.

CAPÍTULO III

ARRIMÁNDOLE a la barrera que formaban pequeñas rocas en el borde de la cima, se evitaba que los pudieran divisar desde los observatorios. El portal permanecía únicamente con el postigo abierto.

Dave ya estaba convertido en un guerrillero más. Vestía traje de pana, algo usado, que le sentaba perfectamente. De sus anteriores prendas solamente conservaba las botas. Y el fusil ametrallador.

—Dispongo de «documentación» —dijo a «Max», mostrando la que le habían facilitado en el Departamento de Operaciones.

—¿Cómo te llamas ahora?

—«Pierre Diemer».

«Max» rompió a reír.

—Va a ser difícil acostumbrar a los muchachos. Hasta el final te llamarán «comando».

Apenas se vio con la indumentaria de paisano, Dave procedió a examinar la abertura de escape que había en el sótano.

—Hay que ensanchar ese conducto —dijo—. La evacuación de los heridos debe producirse lo más rápidamente posible, llegado el caso.

La salida del conducto desembocaba en una cueva abierta en la parte del macizo, imposible de escalar por su parte vertical. Desde la cueva había que descolgar a los heridos por medio de parihuelas. Cerca quedaba un barranco.

Dave salió del sótano, molesto por el olor a vino agrio y a humedad. Ya en el zaguán, sin tocar el postigo abierto, saltó al exterior para respirar aire limpio.

Arrimado a la pared de la casa, agachado, se dirigió a una esquina donde se veía un montón de escombros. Saltó a un pequeño recuadro formado por unas paredes derruidas.

Se quedó mirando los claros que dejaban los escombros, mostrando los mosaicos gastados por años de vida. La sensación de que una sucesión de seres habían desaparecido, con sus angustias y alegrías, lo ensimismó.

Quiso marcharse, cuando al mirar a un montón de escombros, divisó a Gielle.

Supo enseguida que era ella, a pesar de que su indumentaria y la ancha boina que le ocultaba el cabello, apenas si la distinguían de cualquier otro guerrillero.

En el momento en que la miraba. Gielle volvió la cabeza hacia él. Le vio una tez pálida, de facciones delicadas, boca de labios finos.

De nuevo Dave sintió deseos de alejarse de allí. Temía que volviera a producirse la penosa escena de horas antes.

Pero ahora fue Gielle quien le retuvo.

—¿Me das fuego?

Y levantó una mano pequeña, blanca, sosteniendo un cigarrillo sin encender. Dave se acercó y encendió el mechero.

Lo que más llamó la atención del británico fue la energía y hondo dramatismo que traslucían sus ojos castaños.

—Gracias —dijo la joven, así que hubo encendido.

Y volvió la cara, quedando como abstraída. Maquinalmente sacó una cajetilla y ofreció al británico.

Dave cogió un cigarrillo. Estuvieron unos momentos callados. Dave temía hablar por si ella le reconocía. Pensaba que lo había tomado por uno de sus compatriotas.

—Perdóname lo de anoche —dijo Gielle sin volverse a mirarle.

—Nada tengo que disculpar... Por desgracia tu actitud estaba demasiado justificada.

Tras un silencio. Gielle extendió una mano señalando enfrente.

—Allí fue.

Dave se acercó a donde estaba la muchacha. Los escombros dejaban una abertura por la que se podía divisar un vasto panorama.

Vio retazos de labrantío intensamente verdes; caminos blancos tendidos a todos los puntos; las manchas de las arboledas, mantas puestas a secar sobre el lomo de los montes.

A un lado del paisaje, la franja rutilante de Loira, cada vez más

ancha a medida que se aproximaba al mar, la raya azul que parecía tener el corte de una cuchillada dispuesta a embestir la costa.

Pero el dedo de Gielle señalaba un punto cercano y muy llamativo: una loma en cuya cumbre achatada se distinguía una ermita en ruinas.

—¡La meseta! —exclamó Dave, sin poder reprimir un estremecimiento.

Y de pronto se sintió solo, hundiendo los pies en una alfombra de muertos.

—Sé que fuiste el primero en subir allí —dijo Gielle—. El señor Duluc tampoco lo ignora.

—¿Es el herido que había en la meseta?

—Sí.

—¿Cómo se encuentra?

—El doctor «Ernest» asegura que se salvará.

—Me alegro. ¿Es pariente tuyo?

Gielle movió la cabeza en sentido negativo.

—Mi único pariente quedó allí —inclinó la cabeza y murmuró—: ¡Pobre papá!

Un brillo intensísimo, pronto a romper en lágrimas, asomó en los ojos pardos, en el instante en que se volvió a mirar al británico.

—Yo lo tenía prometido a mi padre permanecer al margen de esta lucha, si él hacía lo mismo —refirió Gielle, súbitamente serena—. Pero los dos nos engañamos. La suerte de nuestra patria es una llaga que a ninguno de los dos nos dejaba vivir. Tal vez hubiera sido mejor no disimular. Así ambos habríamos corrido la misma suerte.

Hubo una pausa. Dave se sentó sobre el montón de escombros, al lado de la muchacha. Los dos quedaron inmóviles, mirando la abertura que les permitía divisar el amplio panorama.

—¿Sabe cómo ocurrió? —preguntó Dave.

—El señor Duluc ha intentado decírmelo, pero cada palabra le cuesta muchos padecimientos. No le he dejado seguir... Casi prefiero ignorarlo. Me basta con saber que mi padre está allí y que ninguno de nosotros podemos acercarnos para darle tierra.

—Tal vez a la noche.

—No nos engañemos —cortó ella, fríamente—. A la noche puede que seamos nosotros los que necesitamos tierra.

Y antes de que Dave pudiera contestar, agregó:

—Sé que intervienes en la dirección del grupo. Solicito un puesto en primera línea... Esto mismo pienso pedirle a «Max», cuando lo vea.

—Ya lo has hecho, Gielle —dijo «Max», deslizándose por entre los escombros.

Al oírle, la joven se incorporó bruscamente. Su mirada había perdido el brillo de lágrimas. Unos ojos secos, llenos de severidad, enfocaron al francés.

—¡Vuelvo a darte las «gracias»! ¡Mi ruego no valía la pena que lo tuvieras en cuenta!

—¡No tengo la culpa, Gielle! ¡Hice cuanto dependía de mí! Tu ruego lo hice llegar a los jefes de grupo. Todos me prometieron no encargar a tu padre ninguna misión peligrosa. Lo de anoche, no me lo explico. Él debía hallarse en Nantes cuando empezó el ataque a Saint Nazaire.

—¡Pero no estaba en Nantes! ¿Por qué? —la voz de la joven era ahora muy oscura.

—No sé... Nosotros también sufrimos el error, como tantos otros, de suponer que el desembarco había comenzado. Tu padre y algunos amigos tal vez se lanzaran a un descabellado ataque, llevados del entusiasmo. ¿Aparte del señor Duluc, no reconociste a nadie más de los que le acompañaban?

—No tuve tiempo. Apenas llegar a la meseta nos rodearon los nazis —tras parecer que quedaba ensimismada, agregó—: Tengo el presentimiento de que mi padre fue impulsado a la acción de anoche por alguien que se quedó atrás. Anoche mi padre no cenó en casa y al marcharse se despidió de manera distinta a la de siempre. Y eso ocurrió mucho antes de que se produjera el ataque a Saint Nazaire.

—Quizá sospechaba lo que iba a suceder —sugirió «Max».

—Eso es lo que te reprocho. Tú conoces perfectamente a los principales elementos de la red clandestina. A poco que te hubieras molestado, habrías podido averiguar con quiénes se relacionaba mi padre, y lo que esa relación le podía acarrear.

—También los conoces tú, Gielle. Y lo que es peor, en ciertas esferas tú tienes fácil acceso, cosa que yo no. Dentro de la ciudad tú tienes más medios de información que cualquiera de nosotros.

Dave atendía el diálogo cada vez con mayor interés. El que la

muchacha estuviese muy relacionada con los elementos clandestinos dentro de la población importaba mucho.

—No es momento de reproches —intervino Dave.

—Desde luego —y una amarga sonrisa apareció en los labios de Gielle—. ¡Valiente remedio perder el tiempo en quejas...! Pero si las aguas se aquietan, y puedo otra vez desenvolverme como antes, no cejaré hasta encontrarme con el culpable... o los culpables.

—Todos le ayudaremos, Gielle —dijo «Max».

—La ayuda que pido ahora es que me consideréis uno más en el grupo. Mis nervios lo necesitan... Ahora voy al lado del señor Duluc. Él me pidió que saliera a tomar el aire —y dirigiéndose a Dave añadió—: Cuando quieras, entra a verle. Me ha dicho que desea estrechar tu mano.

—Será ahora mismo —contestó el británico.

Cuando entraron en la habitación, vieron que Duluc, con la cabeza vendada, se hallaba de pie, frente a una ventana abierta de par en par.

Tenía la cara cubierta por las vendas. Apenas quedaban los orificios para los ojos, boca y nariz.

—¿Se ha vuelto loco, señor Duluc? ¡Vuelva a la cama! —prorrumpió Gielle, muy afectada.

Con la ayuda de Dave lo obligó a acostarse. Ya tendido en el lecho, extendió una mano, buscando una del británico. Después de estrecharla, hizo una seña a Gielle.

—Quiere escribir —dijo la muchacha.

Le dio bloc y papel. Rápidamente, sin mirar lo que hacía, escribió unas líneas, y le ofreció el bloc a Dave.

No todo está perdido, «comando...»

Gielle se había situado al lado del británico. Iba a decir que no valía la pena el esfuerzo que había hecho para escribir aquello, cuando el suelo empezó a temblar.

Daba entonces principio algo que los llenaría de pismo, no solamente en el momento de la convulsión, sino más tarde, cuando ya dispusiesen de milicias concretas.

—¿Qué sucede? —preguntó Gielle, colocándose instintivamente al lado de Dave.

El británico se había acercado a la ventana. Y la volvió a abrir de par en par.

—¡El dique! —exclamó el comando.

Era cierto. El dique de Saint Nazaire estaba estallando. Hasta en las paredes de aquella casa, asentada sobre el lomo de un colosal macizo, repercutían las sacudidas de las explosiones.

Las tres toneladas de explosivos de alta potencia que la noche anterior se negaron a entrar en acción, lo hacían ahora, sin que la aviación aliada interviniese, ni los cañones navales, ni radiaciones que actuasen sobre las espoletas.

El destructor «Campbeltown» volaba en pedazos cuando sobre sus restos se hallaba un crecido número de oficiales y técnicos alemanes inspeccionando el dormido polvorín.

Dave, como embriagado, estrechó en sus brazos a Gielle. Y se puso a besarla en el rostro.

—¡Es el tributo a los muertos, Gielle! ¡El destructor ha cumplido!

En los ojos de Dave asomaban las lágrimas, de alegría y de homenaje a los que durante la noche quedaron en el estuario, acribillados.

También Gielle parecía aturdida. Al soltarse, los dos quedaron pegados a la ventana, mirando a lo lejos. Una montaña de humo y agua, con llamas que la atravesaban de parte a parte, se remontaba cada vez más alta dispuesta a morder el limpio azul del ciclo.

Durante unos momentos tuvieron que agarrarse al marco de la ventana. El macizo de roca vibraba en palpitaciones aceleradas y profundas.

Con los ojos absorbían la escena y los músculos de la cara poníanse tensos, la sangre detenía su curso y una mortal palidez cayó de golpe sobre los rostros como si el viento aplastase sobre la cara de los guerrilleros máscaras que acabase de arrancar a los muertos sobre los cuales había pasado viniendo del estuario.

La montaña de humo y agua fue perdiendo vigor para seguir remontándose y empezó a fragmentarse. En breves instantes, la raya del mar de un azul intenso, tuvo en una extensa zona manchones espesos, como si la afilada cuchilla hubiese sufrido enormes melladuras al embestir la costa orlada de rocas.

Gielle y Dave miraron atrás. Duluc había vuelto a levantarse. Su

cabeza vendada le daba un aire fantasmagórico.

La muchacha lo miraba con supersticioso temor.

—¿Era esto lo que quería decirnos, señor Duluc?

En la habitación empezó a entrar gente, todos igualmente trastornados. Se agolparon a la ventana.

—¿Cómo ha podido ocurrir? —preguntaban, dirigiéndose a Dave.

—La misma fatalidad que anoche impidió que estallara, ha debido actuar ahora —contestó el británico.

Era lo único que podía decir con toda honradez.

—¿No estaba convenido que estallase ahora, cuando el destructor estuviese repleto de enemigos? —preguntó «Max».

—No que yo sepa. Solo una mente desequilibrada podría haber ordenado una espera tan trágica.

Fue Gielle quien reparó en que Duluc se hallaba en un rincón de la habitación, sentado en el suelo.

—¡Hay que acostarle! —dijo.

Al cogerlo dos guerrilleros, advirtieron que estaba desmayado.

* * *

Vieron perfectamente cómo la patrulla nazi se encaminaba sin prisa hacia el molino.

—Quizá no vayan por un motivo determinado —conjeturó Dave—. Puede que sea obra del azar.

Cuantos rodeaban al británico, observando al enemigo desde lo alto de la colina, temblaban de emoción.

Dentro del molino todavía se encontraban los siete cadáveres, dos pertenecientes a los guerrilleros.

—Nuestros muertos y las huellas que advertirán dentro de la casa les darán un buen «informe» de la clase de lucha que se ha desarrollado en el molino —comentó un guerrillero.

Apenas un soldado nazi se adelantó para entrar en el molino, salió disparado, braceando, llamando a los otros.

Cuando la patrulla asomó, tras unos instantes de total inmovilidad, todos al mismo tiempo volvieron la cabeza mirando a lo alto del macizo.

En seguida desplegaron, avanzando en dirección a la colina. Al momento los guerrilleros dejaron de verlos.

—Estarán deslizándose por la base del monte, buceando la parte de más fácil acceso —opinó «Max».

—Con buen armamento, aquí no subiría ni el diablo —comentó Dave.

Mientras no consiguiesen evacuar los heridos, el grupo estaría aferrado a aquellas paredes. A pesar del armamento conseguido aquel día, la barrera que ellos podrían interponer seguiría siendo débil.

—Debemos ocultarnos hasta el último momento —manifestó Dave—. Debemos hacer que se confíen.

—¿Quieres decir que debemos dejarlos llegar aquí arriba? —preguntó «Max», con gesto de estupor.

—¿Por qué no? Una vez aquí, trataremos de cortarles la retirada —dijo con escalofriante naturalidad—. Hay que evitar a toda costa que cualquier enemigo escape y vaya por refuerzos.

La preocupación de Dave era que el chiquillo hubiese conseguido llegar a Nantes.

—Propongo que el traslado de los heridos empiece ahora mismo —dijo el británico.

Todos se le quedaron mirando sorprendidos.

—¿Evacuarlos por la galería? ¡Pero si todavía no tenemos noticias del camión! —replicó «Max».

En el mensaje enviado por Dave constaba la urgencia de que un camión cargado de madera se acercase lo más posible al pie del macizo.

—No importa que todavía no haya llegado el camión. Dejaremos a los heridos en la cueva... Calvignac puede apostarse en la carretera y si el vehículo aparece, que le indique dónde conviene ahora que sufra la «avería». Tan pronto anochezca, los heridos podrán ser descolgados de la cueva y trasladados al camión.

Hablaba con la seguridad de quien da por descontado que la patrulla nazi que se estaba acercando, no iba a constituir un obstáculo.

—Claro que todo esto depende de que sepamos permanecer aquí reteniendo al enemigo —concluyó Dave.

Se quedó esperando opiniones. El silencio se mantuvo unos momentos. Las manos de los guerrilleros se aferraban a las armas. Sus miradas se perdían en puntos vagos.

Todos se daban cuenta de que se encontraban asomados a un profundo abismo y que para franquearlo era necesario dar un supremo salto, poniendo en el impulso toda la fuerza y toda la fe.

—Pero si el enemigo consigne alcanzar la galería... —insinuó «Max».

—Los que nos quedaremos aquí trataremos de que no lo logren —contestó Dave—. En la entrada de la galería dejaréis preparada una carga explosiva. El último en retirarse, que la haga estallar.

Diciendo esto, Dave volvió la cabeza y vio en el recuadro de una puerta la figura del hombre herido en la cara. Siguiendo la mirada del británico el doctor «Ernest» y Gielle volvieron la cabeza.

—¡Perfectamente, señor Duluc! —dijo el doctor—. Ha hecho bien en levantarse. Nos vamos. El plan del «comando» me parece excelente.

Este comentario del doctor, hecho con aire despreocupado, acabó de decidir a los demás.

—Creo yo también que el plan que ha propuesto el «comando» es el único que podemos poner en práctica —opinó Calvignac—. ¿Qué dices, «Max»?

—De acuerdo.

—Entonces, me voy a la carretera.

—Pero utiliza la galería —aconsejó Dave.

—Eso pensaba hacer.

En unos instantes quedo designada la misión de cada cual. Al doctor y a Gielle no les gustó que les encomendaran ser los primeros en ir a la cueva, para permanecer al cuidado de los heridos.

—Yo creo que tengo derecho a «distraerme» en una situación tan endemoniadamente entretenida como esta —replicó «Ernest».

—¡Por favor, doctor! ¡No podemos perder tiempo! —dijo Dave, en actitud grave.

—¡Está bien! ¡Lo que queráis!

Cogió el maletín y echó a correr tras de los que habían salido en dirección al sótano.

Fuera de la casa, entre los peñascos que orlaban la plazoleta, se habían apostado dos guerrilleros. El que se encontraba más cerca de donde arrancaba el camino, tras permanecer unos instantes observando abajo, se volvió a mirar a la casa.

Con los brazos hizo la señal de que el enemigo se acercaba.

Dave dio las últimas instrucciones y se dispuso a salir del zaguán. «Max» y otros tres compatriotas tenían que encargarse de combatir desde el interior de la casa.

Dave tenía que situarse en el exterior, en la esquina derruida. Desde allí podría coger de flanco al enemigo.

En el momento en que se disponía a salir del zaguán, un guerrillero le preguntó dónde debía poner la carga explosiva.

—¡Vamos! —y descendió al sótano.

En el estrecho corredor del que arrancaba la escalerilla se cruzó don Gielle.

—¿Cómo estás aquí todavía?

No oyó la respuesta de la joven. Tal vez no le contestó.

Dave encendió el mechero y se metió en el boquete de la galería. El guerrillero encargado de poner la carga lo siguió. Momentos después retrocedían los dos.

—Una mecha de treinta segundos es suficiente —dijo Dave.

Subió corriendo la escalera y corriendo cruzó el pasillo. El enemigo ya debía estar a punto de asomar en la cima. El portal se hallaba cerrado.

Únicamente el postigo mantenía una pequeña abertura. En el zaguán no había nadie.

De la habitación que ocupó Duluc salieron «Max» y otro guerrillero. Este llevaba un pico en lugar de un arma de fuego.

—Ya sabes —dijo Dave, dirigiéndose al que llevaba la herramienta—: solo cuando hayan empezado los disparos... Yo iniciaré el fuego.

El fusil ametrallador que llevaba en bandolera se lo puso en la mano derecha. Se agachó y lentamente fue haciendo más ancha la luminosa raya del postigo.

Cuando la abertura fue suficiente para pasar él, dio un salto diciendo:

—¡Cerrad!

Siempre agachado, se puso a correr arrimado a la fachada. Al llegar a los escombros dio un formidable salto y se situó al otro lado de la barrera.

Se dejó caer, como fulminado, y enseguida, girando el cuerpo de forma que quedara de bruces, niveló los pedruscos que tenía delante

de su cabeza. Se puso a reptar buscando lo alto de la pequeña pendiente.

Antes de llegar al límite empujó dos gruesas piedras, pero con mucha precaución, como si el menor movimiento en falso fuera a derribar el montículo.

Logró colocarlas en lo más alto, una junto a la otra, dejando una abertura en forma de aspillera. Entonces avanzó el cuerpo un poco más.

Vio la plazoleta solitaria, en una agorera quietud. Miró hacia la roca donde se encontraba el guerrillero encargado de vigilar el camino.

Ningún indicio advirtió de que el compañero estaba allí. El camuflaje era tan perfecto, que Dave mismo llegó a dudar que fuera aquella la roca designada para resguardarse.

De un momento a otro esperaba ver asomar los cascos alemanes. De vez en cuando, el zumbido de algún insecto parecía entretenerse en clavar alfileres en la dura epidermis de aquel rotundo silencio.

Fue así como el leve resbalar de una piedra indujo a Dave a volver la cabeza, alarmado.

Lo que encontró no fue una amenaza de muerte, sino unos hermosos ojos pardos que le miraban serenamente, preparados a soportar la más inflexible mirada del británico.

La exclamación que Dave iba a proferir se convirtió en una muda repulsa, pero no por eso menos violenta. Por instantes la ira de Dave aumentaba.

Apretó las mandíbulas, sin dejar de mirar a la muchacha. Hizo una seña indicando a Gielle que se echara al suelo. Enseguida se volvió para seguir mirando a la plazoleta.

Nadie había aparecido todavía. Seguía la misma soledad, el mismo silencio...

Aquella tardanza solo indicaba que el enemigo avanzaba con recelo. Había que descartar que se hubiese retirado, pues en ese caso el guerrillero situado en la boca del camino lo habría anunciado.

Deslizándose cómo un felino. Gielle emprendió la pendiente de escombros hasta quedar situada a la misma altura que Dave.

El británico se movió un poco a un lado y con el gesto le indicó que se acercara más, para que la cabeza de Gielle quedara

resguardada por una de las gruesas piedras.

Ella obedeció. Sus caras quedaban así tan juntas, que la respiración de uno la percibía el otro.

—Eres terca —susurró Dave.

Ella movió la cabeza, asintiendo. Dave no apartaba la mirada de determinado punto de la plazoleta. Él era quien tenía que iniciar el fuego y estaba dispuesto a permanecer en esta espera hasta que se hiciera de noche, si antes los apostados tras las rocas no daban la señal de que la situación había cambiado.

—El momento no es para bromas, Gielle. Se le ordenó pasar a la cueva...

—Pedí un puesto en primera línea —contestó la joven, sin inmutarse, con entonación llena de tenacidad, la mirada fija en lo que pudiera aparecer allá delante—. «Max» se desentiende diciendo que tú lo has mandado. Pero me da lo mismo.

—¿Qué arma llevas?

—Esta pistola.

—¡Qué estupidez!

—No seré un lastre en el grupo. Vine a intervenir en esta lucha de fieras, como una fiera más.

—¡Calla! —ordenó Dave.

Enfrente, en el borde de la plazoleta, pareció que algo se movía. El británico creyó ver la curva de un casco enemigo. Pero por más que ahora observaba, veía las mismas formas inmóviles.

Pensó que tal vez el soldado se había retirado, aguardando a los compañeros.

Empezó a temer que la patrulla, en vez de desembocar en la plazoleta directamente desplegase, antes de llegar a la cima, para rodearla.

Transcurrió un largo rato sin que la situación cambiara. La ansiedad de Dave aumentaba por momentos. Por dos veces volvió la cabeza y se encontró con los ojos de Gielle, que lo miraban atentamente.

Dave temía que alguno del grupo perdiera los nervios. Todavía conocía poco a aquellos hombres avezados a un sistema de lucha sorda, feroz, que convertía los caminos y las calles de cualquier populosa ciudad europea en espesa jungla.

Horas y horas eran capaces de permanecer quietos con todos los

sentidos despiertos, para saltar como panteras en el momento en que fuese preciso.

—¿Impaciente? —murmuró Dave.

—Un poco —contestó Gielle.

Pero su voz no denotó ninguna inflexión de nervios.

—Yo también... Aunque lo mejor para todos es que tarden en asomar.

Pero ahí estaban. Tres cascos aparecieron al mismo tiempo. Enseguida, dos más. Luego, en distintos sitios, como obedeciendo a una orden, varias curvas idénticas quedaron pegadas a la periferia de la meseta, a modo de almenas.

Se comprendía claramente que los que integraban la patrulla se habían echado cuerpo a tierra, antes de decidirse a cubrir la última etapa.

La ristra de cascos dada la sensación de un grupo de tortugas que se hubiese lanzado a la locura de aquella ascensión y se hubiesen detenido todas a una para recobrar el aliento.

Paulatinamente, los cascos fueron emergiendo. Bajo la visera de acero relumbraron ojos humanos. Aparecieron rostros de hombres.

De pronto un oficial nazi quedó plantado en el borde de la meseta. Su mano derecha empuñaba una pistola ametralladora, que mantenía en posición horizontal.

—¡Será mía! —murmuró Gielle.

Dave adivinó, más que oyó lo que la muchacha apenas había pronunciado. El oficial enemigo miraba a un lado y otro. Luego, a la casa.

Con la mano izquierda hizo el ademán de avanzar. Tres soldados se incorporaron. Distanciados unos de otros, echaron a andar pisando despacio, llevando el fusil agarrado con las dos manos.

El oficial iba un paso delante y su mirada no se apartaba de la puerta.

Se encontraban ya en medio de la plazoleta y Dave todavía no había asomado por la espillera la boca de su fusil. Sabía que allá detrás había quedado enemigo en reserva.

De pronto, el oficial y los tres soldados volvieron al mismo tiempo la cabeza, mirando a un lado del edificio. Tras unos momentos de duda, el oficial indicó a los subordinados que ensancharan la distancia.

Dave comprendió que el momento había llegado. Un soldado había empezado a dirigir sus pasos en dirección a los escombros.

Esperó a que el enemigo se encontrara más cerca. Del arma del británico brotaron varios disparos. El nazi se desplomó sobre los mismos escombros, en tanto Dave, dando un salto de tigre, irrumpía de su escondite, soltando ráfagas.

Tras de él, como si ya se hubiesen puesto de acuerdo, surgió Gielle. Con asombrosa rapidez llegó a donde había quedado el fusil del soldado y retrocedió a su trinchera.

Del interior de la casa, a través de las ventanas, otras armas se agregaron a las del británico y la muchacha.

La acción llegó a su plenitud con tal rapidez, que no dio ocasión a que el enemigo situado en el centro del fuego pudiera escapar.

El oficial, en el momento de caer de espaldas, hizo salir de su pistola un par de disparos cuyos proyectiles se clavaron en la puerta.

Dave corrió al centro de la plazoleta, cogió la pistola y retrocedió. Varias balas silbaron a su alrededor.

Tendido otra vez junto a la muchacha, le entregó la pistola.

—¿Sabrás manejarla?

—¡Sí! ¡Gracias!

—¡Cuidado! ¡Detrás! —diciéndolo, Dave se volvió, soltando una ráfaga.

Dos soldados nazis que a gatas habían ido acercándose a uno de los montones de escombros, cayeron.

Un tercer enemigo surgió de pronto, por otro lado. En un costado sintió Dave como una quemadura. El enemigo cayó con la frente encendida de sangre.

Algunos soldados nazis aparecieron saltando de una roca a otra, por ambos lados de la plazoleta. Los guerrilleros apostados en aquella parte habían ya entrado en acción.

Pero a medida que los guerrilleros iban revelando su posición, sus disparos perdían eficacia. El momento de sorpresa había pasado.

El enemigo era más numeroso de lo que supusieron en un principio. Tal vez la tardanza obedecía a que fueron a buscar refuerzos.

Dos guerrilleros iniciaron la retirada para evitar el cerco. Venían por el lado donde se encontraban Dave y Gielle.

El arma del británico, como la de la muchacha, se dedicaron a sostener al enemigo por ese lado, protegiendo a los dos franceses.

Faltaba uno, el que quedó apostado más cerca del camino. Sobre el tiroteo destacaban los apresurados golpes de pico.

Un momento en que Gielle volvió la cabeza a mirar en la dirección en que se oían los golpes, vio que en la pared comenzaba a abrirse un boquete.

—¡Dave! ¡Mira!

—Es nuestra puerta de escape... Acércate y diles que se den prisa. Tan pronto lleguen esos dos, nos retiraremos.

Gielle obedeció. Siguió Dave protegiendo el repliegue de los dos guerrilleros. El otro lado de la plazoleta era batido por los que disparaban desde la casa.

Dave sintió el cuerpo de Gielle deslizarse a su lado.

—¡Dave! ¡Una buena noticia! ¡El camión ha llegado!

El británico sonrió, irónico. Posiblemente de nada iba a servir aquel vehículo. El estruendo del combate despertaría los controles de los caminos cercanos,

A medida que el dolor de la herida que tenía en el costado aumentaba, sus ideas iban siendo más sombrías.

Los dos guerrilleros saltaron la barricada de escombros.

—¡Escapad! —indicó Dave—. ¡Tú la primera, Gielle! ¡Pronto! ¡Se nos van a echar encima!

Hablaba a gritos, para sobreponerse a los estallidos de su fusil. Disparaba a pequeñas ráfagas, sabiendo que de un momento a otro se quedaría sin municiones.

La muchacha obedeció. A continuación de Gielle se metió un guerrillero. Luego, el otro.

Los que atacaban por ese lado no comprendían por qué se debilitaba el fuego, tan vigoroso hasta entonces.

Cuando por fin se decidieron a asomar en la plazoleta, solo encontraron un reguero de sangre que desaparecía por el boquete del muro.

La abertura fue enseguida taponada.

La penumbra que había en la casa impidió que nadie se diera cuenta de que Dave estaba herido.

Afuera las armas habían callado. Se notaba en aquel silencio el desconcierto del enemigo al ver que, de repente, la casa enmudecía.

—Seguid retirándoos —dijo Llave, apenas entrar—. No hemos conseguido exterminarlos, pero hemos ganado tiempo.

Empezaba a anochecer. Aguantar hasta que la noche los envolviese era muy importante. A partir de ese momento los guerrilleros adquirirían su asombrosa elasticidad, condición que los colocaba casi en igualdad de condiciones con el enemigo.

Quedaron Dave y «Max» los últimos.

—¡No esperemos más! —dijo el francés.

El enemigo, después de lanzar algunas granadas de mano, había quedado en silencio, seguramente para coordinar el asalto definitivo.

Dentro de la casa comenzaron a oírse fuertes pisadas. Eran del enemigo.

Sin contentar a ninguno de los disparos con que los nazis asaeteaban los rincones totalmente oscuros. «Max» y Dave fueron descendiendo al sótano.

«Max» ya se encontraba abajo, totalmente borrado por la oscuridad, cuando oyó a Dave:

—¡Ayúdame...!

Su voz sonaba apagada. «Max» emprendió la escalera. Al mismo tiempo sonaron en el corredor pasos cautelosos. A lo largo del pasillo restallaron dos ráfagas.

Dave hizo un supremo esfuerzo y se dejó caer. Tropezó con los pies de «Max». Este se agachó, adivinando lo que le ocurría.

—¡Estás herido!

Agarrado uno al otro fueron retrocediendo, completamente a oscuras. Tropezaron con la abertura de galería.

—Entra tú primero y tira de mí —dijo Dave.

«Max» se metió en el conducto. Desde dentro ayudó a Dave a meterse sentado, con las piernas Hacia dentro.

La galería era extremadamente baja y había que andar acurrucados. El francés cogió a Dave de los pies y tiró con fuerza.

Así empezaron el deslizamiento.

—¡Espera! —dijo Dave.

—¿Qué ocurre?

—Ocurrirá... Toma aliento. Ahora es cuando vamos a necesitar correr. Disponemos de treinta segundos.

Al encender Dave el mechero, «Max» comprendió. Y sintió un

escalofrío.

—¿Dispuesto? —preguntó el británico, manteniendo en alto la pequeña llama.

«Max» volvió a agarrar los pies de su compañero.

—¡Ya!

La llamita se aproximó a un trozo de mecha que pendía del techo, cerca de donde llave tenía la cabeza. A muy pocos pasos sonaron balas que se ahogaron en la tierra. La galería estaba en pendiente y pronto perdía la línea de tiro.

La mecha empezó a chisporrotear.

Dave, ayudándose con los codos, con la culata del fusil, con las manos, procuraba que su peso fuera lo más ligero posible. «Max», siempre yendo de espaldas, tiraba con todas sus fuerzas. Por fortuna la pendiente los ayudaba.

La galería pareció sufrir un espasmo. Los dos fugitivos se sintieron impelidos con formidable fuerza, como si de pronto aquel conducto se hubiese convertido en un cañón, y ellos en proyectil.

Se oyó un impresionante rugido. El conducto quedó cegado por una avalancha de tierra que se lanzaba ansiosamente garganta abajo.

Los dos hombres fueron a parar al centro de la cueva. Dos guerrilleros se precipitaron a auxiliarles. Tanto Dave como «Max» estuvieron unos momentos aturridos.

Así que Dave se hubo repuesto se asomó a la boca de la cueva. A pesar de la oscuridad, ahajo se entreveía gente agrupada, todos con la cara vuelta hacia arriba.

—No hay tiempo que perder —dijo uno de los guerrilleros, que desde un principio estaban en la cueva—. En el desvío de la carretera hay un camión aguardando... Ya han salido dos vehículos.

«Max» se mostró indeciso.

—Quizá sea peor utilizar alguno de los camiones.

—Eso pensamos nosotros dijo el guerrillero. Pero luego nos enteramos que es verdad que los camiones traen madera desde Saint Nazaire. Debieron pasar por aquí a mediodía, pero han retrasado la salida. Componen una caravana de diez unidades. El que espera es de los últimos. El peligro está en que se separe demasiado de los demás.

—Correremos el riesgo —dijo «Max»—. ¿No opinas lo mismo,

«comando»?

—Lo que vosotros decidáis —dijo Dave con voz débil—. Yo ya me encuentro fuera de combate.

—¡Eres una gran persona, «comando»! —exclamó «Max»—. Y nuestro mayor deseo va a ser que te repongas pronto y vuelvas con nosotros, como jefe absoluto.

Sobre una silla sin patas, a cuyo respaldo había agregados algunos listones formando una especie de jaula, colocaron a Dave. Ataron dos cables al armatoste y fueron descolgándolo.

Entre los que aguardaban abajo se encontraba Gielle. Antes de que la silla llegara al suelo, la muchacha ya se halda precipitado sobre el británico.

—¡Dave!

—¿Guardas «tu» pistola, Gielle? —murmuró el británico.

—¡Sí!

Se vio claramente que la muchacha durante unos instantes permanecía debatiéndose por encontrar la salida a algo muy confuso y angustioso que había surgido dentro de ella, durante, aquellos eternos minutos de espera.

Era la primera vez que le ocurría. Hasta entonces, cuanto más difícil era el momento, mayor era su equilibrio, su serenidad...

CAPÍTULO IV

A PENAS «Max» se hubo informado de la situación hizo que sus hombres desplegaran, para proteger el trayecto hasta el desvío en que aguardaba el camión.

—Tú también te irás —le dijo a la muchacha.

Contra lo que «Max» esperaba, Gielle nada objetó. Sin hablar cruzaron la barranquera que los separaba de una tupida pineda que en pronunciada pendiente se extendía hasta la misma orilla de una carretera de tercer orden.

A muy corta distancia de donde salieron aguardaba el camión, Dave ya estaba siendo metido por la abertura que había en el «baquet» donde el asiento que correspondía al conductor había sido arrancado.

Tan pronto el británico hubo desaparecido en el oscuro agujero, uno de los que estaban en la cabina preguntó:

—¿Alguien más?

En otros camiones habían salido los demás heridos.

—Quítate ese correa —le dijo «Max» a la muchacha.

—¡No! ¡Lo conquistamos «nosotros»!

Ella y Dave. La muchacha consiguió el fusil. Luego el británico quitó al soldado el correa. La pistola ametralladora colgaba del cinto. El fusil era demasiado pesado para la muchacha y no tuvo inconveniente en cederlo apenas se replegaron a la casa.

—Ese correa sobra. Si tuvierais un tropiezo ya sería bastante con que te vieran vestida de hombre. Dame también la pistola...

—¡A él lo hirieron por conseguir esto!

—Lo guardaremos como un trofeo —contestó «Max», dándose cuenta de la emoción que poseía a Gielle—. Si no es preciso, nadie utilizará esta pistola.

Ya estaba Gielle dentro de la cabina, cuando «Max» dijo:

—Os queremos pronto de vuelta.

Apenas la joven se hubo introducido en el agujero, quedó cerrado por un asiento sobre el que enseguida se acomodó el conductor.

El motor comenzó a vibrar. Junto al chófer se sentó otro individuo.

—¡Suerte! —dijo el mecánico, al inclinarse para cerrar la portezuela.

—¡Lo mismo os deseamos! —contestó «Max».

El camión comenzó a deslizarse, manteniendo los faros apagados. Los guerrilleros permanecían quietos a ambos lados del camino.

El vehículo fue distanciándose. La enorme carga de tablones apenas si destocaba una leve mancha la oscuridad, cada vez más espesa.

Se oyeron, lejanos, unos resuellos de motor. Inmediatamente se encendieron los faros, que enseguida desaparecieron tras una loma.

El camión acababa de enlazar con la pista general.

Los guerrilleros todavía aguardaron unos momentos, atentos a todo cuanto pudiera percibirse en torno. Luego, sin que entre ellos mediase palabra o signo alguno, echaron a andar por la pendiente opuesta a la que utilizaron al principio. A muy corta distancia empezaba otra arboleda.

* * *

Entre la pared de la cabina y los tablones quedaba un ancho hueco hábilmente, disimulado por los maderos situados encima.

Dave pudo tenderse sobre la plataforma almohadillada con serrín y una manta extendida encima.

Gielle se sentó al lado del británico. Apenas arrancar el camión, la joven se dio cuenta de que alguien más había allí dentro.

—¿Quién está allí?

—Me llamo Jules... La señorita tal vez no me recuerde.

Efectivamente, Gielle no recordaba haberlo visto. La noche anterior estaba demasiado trastornada para reparar en nadie. Apenas llegar a la casa, se encerró en la habitación del herido Duluc.

—He oído decir a mis compañeros, que un chiquillo muy

valiente, ha servido de enlace... Eres tú —dijo la muchacha.

La voz de Jules le revelaba que tenía delante a un chiquillo.

—He hecho cuanto me han mandado —contestó Jules, sencillamente—. ¿Cómo se encuentra... el «comando»?

Dave se revolvía, molesto por la fiebre. Cada vez estaba más hundido en la inconsciencia.

—Ha perdido mucha sangre... Nos dimos cuenta demasiado tarde, de que estaba herido —contestó la muchacha.

—¡Él sí que es valiente! —exclamó Jules.

—También tú, pequeño —dijo Gielle.

Dave hacía esfuerzos por incorporarse. La muchacha lo sujetó de los hombros, inclinándose sobre él.

—¡No debes moverte!

Rozó el rostro del británico. Ardía. En la oscuridad los ojos de Dave parecían fosforecer, fijos en el rostro que tenía encima del suyo.

—Quiero... hablar... con Jules...

—¿Has oído, muchacho? —preguntó Gielle.

—Sí —el chiquillo se acercó y tendiéndose de bruces a lo largo del británico, dijo— Sé que quiere que le diga... El mensaje llegó a su destino. Entré en Nantes mucho más pronto de lo que yo calculé. En el camino tuve ocasión de engancharme a un auto-cuba.

Dave hizo un brusco movimiento, como queriendo hablar, pero fue Gielle quien se adelantó, adivinando lo que el británico quería decir.

—¿En un auto-cuba nazi?

—¡Sí! —contestó Jules, alegremente—. No había peligro, entre la rueda de recambio y el chasis... Tragué mucho polvo, pero por lo demás, todo fue estupendamente.

La frente de Dave se estaba cubriendo de sudor. En vano hacía por mantener su atención limpia, para retener lo que decía el muchacho. Por dos veces la palabra «LONDRES» entró en su cerebro con la estridencia de un timbre.

Se sintió como envuelto en niebla y fuego, con vocablos que le seguían produciendo prolongadas resonancias: «Londres, emisora, mensaje...»

—¡Gielle! ¡Gielle! —gritó Dave.

La muchacha y Jules se incorporaron rápidamente. El chiquillo,

para sujetarlo de las piernas, en tanto la joven lo agarraba de los hombros, presionando con su pecho contra el de Dave, para mantenerlo inmóvil.

Casi a flor de labios le susurró:

—¡Calla...! ¡Estamos llegando a un control...!

Pero Dave ya estaba rodando vertiginosamente por una pendiente llena de niebla y llamas.

—¡Toma tu pistola, Gielle...! ¡Es tuya...!

La muchacha juntó más su rostro al de Dave. Abrazada a él le comunicaba su temblor.

—¡Por Dios, Dave...! ¡Te van a oír...!

El camión acababa de detenerse. Era la tercera vez que lo hacía.

Tal vez se encontraran en el último control, ya en los arrabales de Nantes. Cerca se oyeron vocablos franceses dichos con el característico acento germano.

Sonó el choque, de la culata de un fusil al ser apoyada contra un estribo. Sonaban pasos aproximándose, rodeando el camión.

Dave seguía en sus incoherencias, Gielle, desesperada, empezó a llorar en silencio.

El sudor de Dave y las lágrimas de ella se mezclaban, ambos alientos se confundían.

Los labios de Gielle se aferraron a los de Dave. Lo besaba como dándolo todo por perdido.

La portezuela de la cabina acababa de abrirse, después de sonar una orden en alemán.

Gielle no sabría explicar lo que la impulsó a buscar con sus labios la boca de Dave: no sabría decir si era para ahogar las palabras de él, o para calmar ella su propia angustia.

Transcurrieron unos instantes en que ella también se sintió precipitada por una pendiente llena de niebla y fuego. Una sensación extraña lo hizo perder la noción del peligro que les rodeaba.

De pronto todo le pareció transformado. La idea de que había cerca unas zarpas que podían colocarlos ante el piquete de ejecución, se esfumó. Todo parecía cantar...

En su aturdimiento, estrechamente abrazada a Dave, no se dio cuenta que desde que el camión se detuvo, el motor no cesó de trepidar con bruscas aceleraciones y que el ayudante del chófer se

apeaba para simular que escudriñaba en el motor.

A este estruendo se unía el que producían los camiones que había delante, también cargados de madera y que acababan de recibir del control nazi la autorización de continuar la marcha.

Cuando Gielle despertó, el camión ya estaba deslizándose. Jules seguía a los pies del británico.

—¡Vaya susto! —exclamó el chiquillo—. Esto es lo que se dice una ratonera.

Gielle, un poco confusa, quiso disimular adoptando un tono ligero. La oscuridad que los envolvía la ayudaba.

—¿Y esta mañana, viajando en el auto-cuba, no te sentías un ratón?

—Sí. Pero me consolaba saber que iba cogido a la cola del gato. ¡Cómo estoy deseando llegar!

—Yo también. Jules... ¡Es terrible imaginar que estos minutos tal vez contengan la última posibilidad de que nuestro amigo se salve!

Se notaba que el camión no marchaba ahora por un suelo como el de antes. El tembleteo de los tablones era distinto. Existía, además, la precaución que ahora llevaban en la marcha y los continuos virajes.

—¡Hemos llegado! —anunció Jules.

—¿Cómo lo sabes?

—Es muy sencillo... Hasta le puedo decir la calle que estamos cruzando... ¡Fíjese! Estamos girando a la izquierda. Entramos en Verdelles. Otra vez a la izquierda... Ahora entramos en Tiercé...

Jules siguió clavando nombres en la negra pizarra que los tenía encajonados. De pronto, el camión, tras algunas maniobras, se paró.

Se oyeron abrirse las portezuelas de la cabina. Enseguida, gemir de muelles y la aparición de una raya de luz que, al momento quedaba ensanchada en un recuadro alargado por el que fácilmente podía pasar un hombre.

Una cabeza se asomó al interior.

—¿Qué tal? —preguntó con voz apagada.

—¡Calvignac! —dijo Gielle—. ¡Aquí está Dave... malherido!

—Lo sé... ¿Quién más va ahí?

—Jules —contestó el chiquillo.

—Salid los dos. Otros subirán para bajar a Dave.

—¡No perdamos tiempo, Calvignac! ¡Jules y yo podemos hacerlo!

Fue ella quien se encargó de coger a Dave del lado herido, levantándolo suavemente.

Quando el británico pasó a manos de los que aguardaban fuera, fue tendido sobre una lona cosida a dos largos palos. Dos individuos, colocándose a ambos extremos de la camilla, echaron a andar de prisa a través de una nave bastante oscura y estrecha.

Cajas de madera colocadas unas encima de otras hasta llegar al techo formaban el pasillo. Casi al final había una puertecita abierta cuyo recuadro, débilmente iluminado, apenas se podía ver por las pilas de cajas que tenía a los lados.

Detrás de la camilla marchaban otros dos hombres, con un pozal lleno de agua. De vez en cuando se inclinaban y con un trapo frotaban el suelo, tratando de borrar la sangre.

Gielle y Jules se habían apeado del camión. El conductor, colocando una mano sobre un hombro de la muchacha, dijo:

—Si se puede nacer por segunda vez, esta noche nos ha ocurrido a todos los que íbamos en el camión. Desde fuera se os oía. ¡No me explico cómo la guardia no receló de las aceleradas que daba para que el estruendo del motor os apagara, mientras ellos inspeccionaban el camión!

Apenas apartó la mano del hombro de Gielle, se la vio manchada de sangre.

—Muchacha, cambia cuanto antes de ropa.

—Eso voy a hacer.

No solamente porque su ropa estaba manchada de sangre sino porque ya en la ciudad, le interesaba vestir de mujer. Todavía durante esa noche pensaba dar muchos pasos.

Pero antes que nada quería cerciorarse de la seguridad del refugio que daban a Dave. En el caso de que no ofreciese suficientes garantías, no cejaría hasta procurarle otro.

Después se dedicaría a investigar lo que motivó que su padre se encontrase en plena emboscada. Cada hora que transcurría estaba más convencida de que la muerte de su progenitor nada tenía que ver con los trágicos sucesos ligados al ataque de Saint Nazaire.

Gielle y Jules se apartaron del camión, ocultándose tras una pila de cajas, huyendo de los faros que acaban de encender. La puerta de

la calle estaba abierta.

Apenas el camión cruzó el portal, la puerta se cerró.

Calvignac se acercó a Gielle y el chiquillo.

—¿Vamos?

En silencio, los tres echaron a andar por donde se había ido la camilla. Sobre el piso de cemento se veía el rastro de los trapos húmedos.

Jules y Calvignac esperaron antes de cruzar la puertecilla. Gielle había quedado rezagada, abstraída.

—¿Qué te sucede? ¿Acaso estás herida?

—No —contestó la muchacha.

Salieron a un pequeño deslunado. A un lado, bajo un cobertizo, había una escalera que conducía al subsuelo.

Calvignac cerró la puertecita y se dirigió a la escalera. Cuando los tres ya habían empezado a descender. Gielle preguntó:

—¿Y el señor Duluc?

—Tranquilízate. Parece que tenga siete vidas... El doctor Germond, que hila más delgado que nuestro alegre «Ernest», ha asegurado que vivía. Pero sigue sin poder hablar...

—¿El doctor Germond se encarga de Dave? —preguntó, esperanzada.

—Sí. ¡Bravo muchacho el «comando»!

Descendieron por la oscura y resbaladiza escalera. AlambRANDOSE con una lámpara de bolsillo, cruzaron un sótano lleno de bombonas, piedras de mármol y soportes de hierro de mesas de café.

—El «comando» tenía toda la razón del mundo cuando lo insultamos y nos enseñó los colmillos. Le echamos en cara varias veces lo del dique —recordó Calvignac—. ¡Vaya si decía verdad cuando nos dijo que ellos habían cumplido con su objetivo...! Lo ocurrido hoy en el estuario será algo que tres naciones no olvidarán nunca. Inglaterra, por los muertos que le hicieron anoche; Alemania, por los que lo han hecho hoy; Francia... por los que le hicieron anoche, le han hecho hoy y le harán mañana.

—Francia paga el precio de hallarse en medio —dijo sombríamente Gielle.

Empezaron a subir por una estrecha rampa. Al final había una puerta entornada.

Cruzaron un largo pasillo, luego un local en el que se veían un mostrador y varias mesas con sillas encima, puestas patas arriba.

Una débil bombilla alumbraba el local. Así que atravesaron la sala, al llegar a una puerta Calvignac tocó el conmutador y la luz se apagó.

Salieron a otro deslunado. Cuando llegaron a una puerta, Calvignac dio tres golpes.

Al abrirse la puerta, los tres tuvieron que entornar los ojos, cegados por una potente luz. Aquel sótano era mucho mayor que el que dejaron atrás.

Tabiques de madera lo dividían en varios compartimientos. En cada uno había un jergón sobre unas tablas.

La potente luz venía de uno de los departamentos, en el que se veía gente con bata blanca, gorro y mascarilla.

En uno de los departamentos estaba Duluc, con su cara cubierta de vendajes. Levantó una mano indicando a la muchacha que se acercara.

Gielle acudió apresuradamente. Y se inclinó sobre el agujero que dejaban los vendajes, correspondientes a la boca.

—¿Miedo? —preguntó el herido, casi en un silbido.

—¡Mucho! —contestó Gielle.

Instintivamente miró hacia el departamento que servía de quirófano.

—¿Miedo... por el «comando»?

La muchacha se quedó mirando la bola de vendajes. Duluc elevó una mano y Gielle se inclinó, dejando que le acariciara la cabeza. Esto la confortó mucho.

Duluc puso en una mano de Gielle un papel. La muchacha lo leyó.

«Solo tú sabes que hablo. Conviene a los dos este secreto. Rompe esta nota.»

La muchacha se quedó mirando la cabeza vendada y asintió, con un leve movimiento de los labios. Se metió el papel en un bolsillo del chaquetón y empezó a romperlo.

Una de las figuras blancas se acercaba, quitándose la mascarilla.

—¡Señorita Cluzan! Es necesario que usted y yo hablemos...

—¡Doctor Germond!

Se sentaron junto al lecho de Duluc. El doctor, al reparar en la sangre que había en la ropa de la muchacha, preguntó, alarmado:

—¿Está herida?

—No... Antes de hablar de otras cosas... ¿Querrá decirme...?

En vano Gielle forzó un tono natural. La emoción la dominaba.

—¿Sobre el paciente que acabo de intervenir? Es pronto todavía. Ha perdido mucha sangre.

Gielle iba a levantarse para acudir al lado del británico, pero el doctor Germond la retuvo.

—Espere... Quiero decirle, delante del señor Duluc, algo que se refiere a su padre.

Gielle clavó los ojos en el rostro del doctor. Era un hombre de unos cincuenta años, de cara prematuramente arrogada.

—¡Hable! —pidió, ahogándose.

—Quiero que sepa, delante del interesado, que su padre halló la muerte, porque no escuchó los consejos del amigo Duluc.

Gielle se incorporó con rapidez, mirando perpleja al doctor.

—¿Es que usted conoce el asunto que arrastró a mi padre?

—Desde luego. Es muy posible que yo también hubiese tomado parte en esa acción, de no haber tenido que desplazarme de la ciudad para una intervención profesional. El amigo Duluc podrá decirnos, tan pronto se encuentre en condiciones de hablar, qué ocurrió... Lo que yo puedo decirle es muy poco. Solamente puedo revelarle que su padre era el alma de esta empresa. La desgracia de nuestro pueblo le exaltó hasta hacerle perder el más elemental sentido de prudencia. Esto lo hizo aceptar como algo perfectamente realizable, lo que por desgracia todavía es un sueño.

Gielle ahincaba los ojos en el impasible rostro del doctor Germond.

—¿Qué sueño era ese?

—Hacer estallar los polvorines... por medio de radiaciones. No culpo a su padre, sino a los técnicos que le contagiaron ese sueño.

—¿Desde cuándo mi padre intervenía en eso?

—Desde hace varios meses.

—¡Nada sospeché! —exclamó Gielle.

—Solo un reducido número de amigos lo sabíamos. La emisora fue instalada en un punto algo lejano de la costa, ignoro el sitio

exacto. La hora de la prueba fue fijada para anoche. Su padre me invitó... Y he de confesar que yo he llegado a contagiarme de ese sueño. Si he de hacer justicia, las únicas palabras sensatas que siempre se han pronunciado en nuestras deliberaciones han sido dichas por el amigo Duluc. Él no creyó nunca en el éxito de nuestra empresa.

Gielle se volvió a mirar al hombre de la cabeza vendada, dispuesta a interrogarle, olvidándose que tenían convenido que él no podía hablar.

—¡Y sin embargo, señor Duluc, usted fue...!

—Cuando el amigo Duluc vio que todo estaba decidido —se apresuró a decir el doctor—, no vaciló en acompañarlos al sacrificio. Esa es la clase de hombre que tiene usted sobre ese lecho, señorita Cluzan.

Se hizo el silencio. Gielle permaneció unos momentos con los ojos cerrados, las manos enlazadas.

Fuera del compartimiento, a unos cuantos pasos, permanecían unos hombres agrupados, inmóviles.

—Ahora que el hachazo se ha descargado sobre nosotros —prosiguió el doctor—, nos damos cuenta de que existía un obstáculo que solo unos ciegos podían haber ignorado: La Gestapo.

—¿Qué ocurre? —preguntó, alarmada.

—No sé desde cuándo va sobre esta empresa. Durante todo el día de hoy he esperado verme detenido. Sin embargo, no he sido molestado... Pero eso no puede tranquilizarme. Mi relación con su padre es conocida de todos, y en esos «todos» está la policía nazi. Su casa, señorita Cluzan, a primeras horas del día de hoy ha sido invadida por la Gestapo. Tengo informes de que la policía va a la desesperada tras de usted. Sus señas personales han sido esparcidas a los cuatro vientos. Esto me hace pensar que la Gestapo ha dado un palo de ciego.

Gielle fue levantándose, con lentitud.

—Gracias por todo, doctor.

—No debe confiarse.

—Descuide. ¿Dónde han dejado al último herido?

—La acompañaré.

La condujo al compartimiento donde estaba Dave. Este se hallaba con los ojos entornados. Al ver a Gielle, sonrió.

La muchacha, en el momento de sentarse a la cabecera del lecho, miró al doctor.

—Les dejo solos... Pero no le haga hablar, señorita Cluzan.

Apenas alejarse el doctor, Dave dijo:

—Es necesario hablar mucho, Gielle. Estoy mejor de lo que le he hecho creer al doctor... ¿Puedes desenvolverte en Nantes?

Gielle se calló que la Gestapo la tenía en su lista.

—Di qué deseas.

—El doctor Germond es uno de nuestros agentes... El «N-5». Hay dos más en Nantes...

La muchacha lo miraba lleno de estupor.

—¿El doctor Germond trabaja para vosotros?

—En esta situación, nosotros somos vosotros —replicó, rápido, con un matiz de amargura, como si recordara los sarcasmos que le dirigieron los de la resistencia en los primeros momentos.

—¡Perdona, Dave! He querido decir... que yo no podía imaginar que el doctor fuese un agente del «Intelligence Service»...

Se interrumpió. Dave permanecía acostado, mirando al centro de la sala.

—Sigue hablando, Gielle... No vuelvas la cabeza. El doctor no hace más que volverse para mirarnos.

—Te ayudaré con lo que sea. Tengo enlaces seguros... También el señor Duluc parece desconfiar de alguien.

No vaciló en revelar lo que acababa de ocurrirle con Duluc.

—Debes hacer que te coloquen cerca de él. El señor Duluc te aprecia.

—Lo haré. Tengo en la mano un papel donde van algunas instrucciones. Alguno de nuestros agentes en esta zona está llevando un doble juego. El doctor Germond se ha vuelto de espaldas. Inclínate sobre mí, como para despedirte.

Gielle lo hizo de forma que pareció que fuera a besarlo. Llegaron a rozarse los labios.

Al separarse, ella tenía en la mano un papel hecho en varios pliegues, Dave, un poco turbado, dijo:

—¡Lástima que no sea verdad!

—¿Qué?

—Que unos labios tan bonitos...

Ella se volvió para ocultar su confusión. Y se encontró con la

mirada del doctor.

Entonces Gielle volvió a inclinarse sobre Dave y lo besó en la boca. Al ir a separarse murmuró:

—Ponte en contacto con el señor Duluc. No hay que perder tiempo.

Al poco de haberse marchado la joven, el doctor Germond se acercó a la cama del británico.

—¡Le felicito! Es usted otro... La pérdida de sangre no parece haberle afectado mucho.

Esperó a que Dave contestara. Pero el británico permaneció como abstraído.

—La señorita Cluzan es muy bonita. Y es la primera vez que veo que saluda a alguien con la afectuosidad con que lo ha hecho ahora... ¿Está mucho tiempo en esta zona?

—¿Por qué?

—Al principio pensé que era un recién llegado... Se dice que hay algunos británicos a la deriva, desembarcados anoche. Pero a no ser que usted conociera de antes a la señorita Cluzan, usted no puede ser un recién llegado. Para quien como yo conoce el carácter de esa joven, es imposible admitir esa «afectuosidad».

Durante unos momentos, Dave estuvo a planto de espetarle que se encontraba en Nantes precisamente para controlar a hombres como el doctor Germond, el agente «N-5».

Pero optó por sonreír, tomándolo a broma.

—Es usted curioso, doctor.

—Sí. Es uno de mis defectos —contestó, riendo. Pero enseguida, con gesto grave, añadió—: Estimaba mucho al padre de esa joven. Y no soportaría que nadie le hiciera una mala pasada...

—¿Qué quiere decir con eso? —ahora el tono de Dave era agresivo.

—Gielle acaba de perder a su padre, por meterse en una aventura absurda.

—¡Lo sé!

—La muchacha es muy impulsiva... Y hay muchas maneras de perjudicarla.

—¿Por ejemplo...?

—Induciéndola a que se exponga llevando y trayendo recados en esta ciudad. La Gestapo va tras de ella...

Si en este momento el doctor le hubiera mirado al rostro, habría comprendido que todo estaba en orden; que la palidez que ahora tenía la cara de Dave correspondía a la pérdida de sangre.

—¡Llámela! —dijo el británico.

—¿A Gielle? ¡Cualquiera le da alcance ahora! —contestó el doctor, alejándose del compartimiento.

Dave cerró los ojos y apretó las mandíbulas, maldiciendo el momento en que pidió a Gielle que le sirviera de enlace. «¡Si a ella le ocurriera algo, por mi culpa...!»

CAPÍTULO V

DE madrugada, el doctor se dispuso a marcharse. Para entonces, Calvignac ya había traído una nota de Duluc al lecho de Dave.

Al leerla, el británico se encontró en un difícil dilema. Revelar demasiado pronto que recelaba del doctor podía perjudicar parte de su misión.

—¡Doctor! ¿Va a marcharse? —preguntó, incorporándose.

Bajo la almohada Calvignac le había dejado una pistola.

—Sí. ¿Por qué?

—Quizá lo necesitamos.

—Lo siento. Mi ausencia se notaría entre mis clientes habituales. He de confesarlo que estoy vigilado por la Gestapo.

El doctor mismo daba a Dave el pretexto que estaba necesitando para justificar lo que iba a hacer.

—Precisamente por eso debe quedarse... hasta que todo esté listo.

El doctor contrajo el rostro, en un acceso de ira.

—¿Qué tono es ese? ¡Acuéstese!

Lo que Dave hizo fue ponerse en pie y enfilarse la chaqueta de pana. Al principio le pareció que todo daba vueltas, pero pronto encontró el equilibrio.

Dave tenía una mano en un bolsillo.

—Quizá más tarde me disculpe... Pero por ahora, soy yo quien da órdenes. Usted no saldrá en tanto no veamos si la Gestapo nos tiene formado el cerco.

El doctor quedó desconcertado. Tras un silencio, exclamó:

—¡Esto es absurdo! ¡Usted delira...!

—Tenga un poco de calma. Afuera hay amigos comprobando si este sitio está vigilado.

Era verdad. Los resortes principales del movimiento clandestino estaban tanteando las proximidades de aquel refugio.

El doctor comprendió el significado de la mano que Dave mantenía en el bolsillo y se sentó sobre una caja de madera, cruzándose de brazos.

—¡Conque sospechan de mí...!

—No he dicho eso, doctor —replicó Dave—. Usted mismo ha confesado que la Gestapo le vigila. Si lo detienen, no será culpa de su resistencia el revelar este escondite. Usted no debe ignorar que la Gestapo sabe «interrogar».

Entraron varios hombres, llevando fardos de ropa y armas. Calvignac se acercó a Dave.

—Todo está dispuesto para la huida —le dijo, muy bajo.

—¿Habéis advertido algo sospechoso?

—No. Pero eso no significa nada. La Gestapo sabe disimular.

Se procedió a la evacuación de los heridos. Ya todos llevaban otra ropa.

Dave y el doctor fueron de los últimos en salir. En la sala donde estaban las mesas con las sillas encima, dijo el británico:

—Aquí vamos a separarnos. Usted utilice la puerta que pensaba cruzar... Yo me iré por otra. Y le pido que me disculpe, doctor. La lucha a que estoy entregado me obliga a veces a excederme en mis precauciones.

La débil luz que alumbraba el local se extinguió. Cuando el doctor se decidió a utilizar una lámpara automática, no vio a nadie.

Y se encaminó al sótano que lo conduciría al almacén donde había cajas apiladas.

Antes de que amaneciera, los heridos ya tenían un refugio distinto. Era el escenario de un teatro que últimamente había sido convertido en cine.

* * *

Durante el tiempo que duraba el espectáculo, una puertecita secreta se abría y dejaba paso a individuos que iban o venían de los camerinos, situados en los sótanos.

Tan pronto la sesión de cine terminaba y se encendían las luces, la puertecita volvía a cerrarse.

Fue Gielle quien le anunció:

—En el Valle del Loira hay un grupo de «comandos» que han venido de Inglaterra atendiendo tu llamada, Dave —y lo dijo como resentida, como si a partir de entonces él ya no fuese a depender de los franceses.

—¡Magnífico! ¡Hay que hacer que se unan al grupo de «Max»!

—Ya se ha establecido esa unión. Quieren tenerle cerca. Dicen que disponen de un sitio completamente seguro, donde podrás reponerte. Creo que debes salir... de un momento a otro podemos tener aquí alguna desagradable sorpresa.

Dave parecía un poco desconcertado por la frialdad con que ella le hablaba. Esquivaba encontrarse con la mirada del británico.

—¿Qué ocurre?

—Nada. ¿Por qué?

—Hasta ahora he evitado interrogarte sobre tu situación. Sé que corres peligro, pero tus compatriotas me han dado confianza de que estás bien protegida.

—Lo estoy no te preocupes.

—Te di unas instrucciones... Y no he querido hablarte de eso para que no lo interpretaras como egoísmo.

—No te he dicho nada porque hasta ahora el rebultado ha sido negativo. Los dos agentes secretos que buscas han debido desaparecer de Nantes... Nadie da una pista.

—Pero, ¿y el profesor Vezanken?

Ahora Gielle se colocó de lado a Dave, para contestar:

—Tampoco se sabe nada.

Dave, tras una pausa, dijo fríamente:

—Algo se interpone entre tú y yo... No encuentro la sinceridad de otras horas.

Ella se volvió rápida, mirándolo con dureza.

—¡Tu misión! ¡Solamente tu misión!

Dave la cogió fuertemente de los hombros.

—¡Es tan mía como tuya! ¡Errores como los de la noche, de Saint Nazaire, hay que evitarlos! ¡Si el movimiento de resistencia no es lealmente informado, volverán a repetirse tragedias como la de ahora! ¿No comprendes?

—El profesor Vezanken no puedo estar relacionado con las falsas informaciones. Es un científico que solo se ocupa de sus experimentos. ¡Y lo queréis para exprimirlo, lo mismo que los nazis!

Dave la soltó, mientras su rostro expresaba amarga ironía.

—¡Luego, no estás tan despistada sobre él...!

Gielle lo miró fieramente.

—¡No! ¡Mi padre también era un científico, y se relacionaban!

—Uno de tus compatriotas me dijo que tu padre era profesor... Pero lo dijo como si le doliera. ¿Por qué?

Gielle, con los ojos llenos de lágrimas, murmuró;

—Trabajaba en lo que todavía es una quimera... Quizá su afán por salvar nuestra patria lo llevó a un desequilibrio mental que ha resultado demasiado trágico. Recuerda los muertos de la meseta. Mi padre, sin saberlo, llevó a sus amigos a una emboscada.

—¡Eso podrá aclararlo Duluc! ¿Por qué os lo llevasteis de aquí? ¡Tú querías que yo hablara con él! ¡Y a la media hora de traernos a este sitio, ya os lo habíais llevado! ¿Por qué?

—Porque el señor Duluc quiere someter al doctor Germond a una prueba. Sospecha de él...

—¿Y qué tiene que ver eso para que lo separéis de mí?

Gielle miró fijamente a Dave, ahora sin huirle los ojos.

—Porque tú solo ves en el doctor Germond al agente «N-5». Cumpliendo órdenes de tus superiores, tú solo puedes preocuparte de averiguar si representa un fallo en vuestro servicio de espionaje.

—¡Y tú buscas más! —prorrumpió, sardónico—. ¡Tú debes liquidar tu cuestión personal! ¡Eso es más...! ¡En momentos como estos, eso es más!

Durante unos instantes pareció que ella fuera a replicar con ira. Pero poco a poco fue inclinando la cabera y en tono apagado manifestó:

—Quizá mi causa sea más pequeña... Pero he de seguir hasta terminarla. Cuando esto ocurra, volveré a vuestro grupo para pedir un puesto en primera línea.

Dio unos pasos, hasta llegar a la puerta del camerino. En el momento en que se disponía a abrir, se volvió.

—No te preocupes por mí, Dave. Aquí puedo desenvolverme muy bien. Y no olvidaré tu misión.

Dave se daba cuenta de que nada la haría desistir de su propósito. Para entrevistarse con él, se había quitado los lentes, y se había borrado del rostro el maquillaje que solía conferirle en un rostro vulgar.

Bajo el sencillo vestido se adivinaban los contornos fuertes de un cuerpo joven. Sus ojos pardos quedaron unos instantes fijos en los de Dave.

—Has querido que recuerde tu cara hermosa. ¡Para que me desespere, si me entero que te ocurre algo...!

Ella cogió de los hombros y la besó fuertemente en la boca. Ella permaneció quieta. Cuando la soltó, el rostro de Gielle estaba encendido.

La muchacha lo echó a broma.

—Puedo encontrarme en tu mismo caso... si me entero... que algo te ha pasado —hizo un leve encogimiento de hombros, y añadió—: Pero es la guerra... Antes de que termine la sesión de cine, vendrán por ti. Déjate llevar. Tus compatriotas y «Max» te quieren cerca.

Se marchó. Un rato más tarde entraba Calvignac en el camerino.

—Todo está dispuesto para la salida.

Utilizaron una puerta en forma de reja, a través de la cual se veían las luces de la calle y los transeúntes. A un lado de la puerta estaba el portero uniformado, hablando con dos gendarmes.

Esa salida se utilizaba solamente cuando terminaba la sesión de cine y el público se agolpaba. Antes de que llegaran Calvignac y Dave, el portero les dirigió una fugaz mirada y abrió el postigo.

—Muchas gracias —dijo Calvignac.

Los gendarmes no prestaron atención, porque el portero siguió baldando, ahora más animado.

La luz roja que había encima de la puerta no impedía ver la pantalla. Los gendarmes, oyendo al portero, siguieron mirando las incidencias de la película que se proyectaba...

* * *

Era cierto que la desesperada llamada de Dave, la noche de Saint Nazaire fue atendida por Londres inmediatamente.

Aún estaba dando coletazos la represión de las fuerzas hitlerianas por la participación del pueblo francés en la trágica jornada del dique, cuando gran número de paracaídas se abrían sobre el valle del Loira dejando en el suelo expertos «comandos» y agentes secretos, portadores de emisoras portátiles.

También se lanzó un grupo de hombres de los que consiguieron

reembarcar en el estuario de Saint Nazaire. Y pesados paquetes con moderno material de guerra.

Dave terminaba de reponerse en un viejo convento enclavado en unos elevados riscos, frente a un recodo del Loira.

Durante el día el británico apenas si salía de su celda, donde disponía de un magnífico paisaje, abundancia de sol y un torrente de aire limpio, que era lo que más deseaba.

Si a algo le tenía miedo era a tener que meterse otra vez en el subsuelo. Cualquier tufillo a humedad le producía náuseas.

El convento estaba casi deshabitado. Tres frailes ya muy ancianos ocupaban las celdas, situadas en el lado opuesto al que ocupaba el británico.

Tan pronto oscurecía, sombras sigilosas empezaban a escalar los riscos por los sitios más difíciles, pero también más cortos. Arrimándose a las zarzas que taponaban una abertura en la tapia del huerto, se deslizaban furtivamente y un instante después cruzaban las silenciosas naves, sin que la oscuridad entorpeciera sus pasos.

En una celda, alumbrados por una vela, las sombras se reunían alrededor de una mesa donde había extendido un mapa.

El británico se informaba de los movimientos del grupo de «Max», al que se habían incorporado algunos «comandos», que ya habían estado a las órdenes de Dave.

Estudiaban los golpes a realizar. Dave quería tomar parte en las operaciones que preparaba, pero sus compañeros se oponían.

—No vayas a perder en unas horas todo lo recuperado en estos días —le aconsejaron.

—Estoy ya en condiciones —replicaba.

Pero él era el primero en comprender que sus compañeros tenían razón. La lucha a campo abierto, contra un enemigo tan poderoso, obligaba a veces a desplazamientos agotadores.

En todas las reuniones, Dave era el primero en acudir a la celda.

Una noche no ocurrió así, a pesar de que esa vez Dave se dirigió corriendo al punto de reunión.

Fue porque los compañeros habían llegado antes de lo concertado.

—¿Qué ocurre? —preguntó, presintiendo algo muy grave.

Calvignac fue quien contestó:

—El doctor Germond ha conseguido escapar cuando lo trasladábamos al sitio donde teníamos que someterlo a un careo con Duluc.

—¿Cómo ha podido escapar?

—Suponemos que consiguió enviar aviso a la Gestapo —se interrumpió, por momentos más afectado—. Ha habido una emboscada. Han caído muchos.

Esquivó la escrutadora mirada que le dirigía Dave. Este sintió un escalofrío.

—¿Qué ha sido de Gielle?

Calvignac vaciló en contestar.

—No se sabe todavía... «Max» y otros compañeros lo están averiguando.

Dave se puso a maldecir, mientras iba de un extremo al otro de la celda. El piso estaba tan combado que había momentos en que el británico se creía a campo traviesa, yendo en busca de Gielle.

Se detuvo frente a Calvignac. Dirigiendo una dura mirada a cuantos había alrededor de la mesa, preguntó:

—¿Por qué no me dijisteis que os proponíais enfrenar al doctor con Duluc?

Nadie contestó. Tras un prolongado silencio. Dave prorrumpió:

—¡Volvemos a estar como al principio! ¡Yo pertenezco a un bando y vosotros a otro!

—¡Te equivocas, Dave! —protestó Calvignac—. No podíamos decirte nada porque en realidad sabíamos muy poco. Incluso ignorábamos que Duluc podía hablar sin dificultades. Este asunto lo ha llevado Gielle... Es una cuestión personal.

—¡En una lucha como esta no hay cuestiones personales! ¡Se lo dije a Gielle! ¡Terca del demonio! —haciendo una rápida transición, con impresionante serenidad, agregó—: Mi convalecencia ha terminado. Esta noche saldré con vosotros. Estableceré contacto con un grupo de «comandos». Son los que se encuentran más cerca del bosque de Carquefou. Según lo que ellos me informen, ya decidiré... ¿Trajiste la emisora, Calvignac?

—La he dejado donde siempre —contestó el francés.

—Está bien. Id saliendo. Os alcanzaré enseguida... Voy a avisar al portero para que si viene alguien más lo envíe a la masía de los chopos. Allí dejaremos noticia de adónde nos dirigimos.

Dave fue el primero en salir de la habitación. Subió por una escalerilla de caracol y salió a una galería con arcadas que daba a un jardín.

Los pasos del británico resonaban dando el efecto de que por allí marchaba un tropel de gente. La pared que enfrentaba con los arcos mostraba una larga hilera de puertas. Ante una de ellas se detuvo.

Dave demostró gran temple de nervios al no dejar caer de su mano el encendedor. Solamente su pequeña llama acusó un leve estremecimiento.

—¡Profesor!

Sentado en el borde del camastro, con una vieja pipa en los labios, había una figura humana, de enmarañada cabellera blanca, cuerpo pequeño y enjuto.

—¿Qué hay, Dave?

Era el profesor Vezanken. Dio dos chupadas a la pipa, mientras sus ojos de mirada viva chispeaban como en burla, ante la figura fuerte, insultantemente perfecta, del joven Dave Corwin.

De pronto los días de bohemia en París, los días de antes de la guerra, acudieron a la mente de Dave. Y rompió a reír.

—¡Ya me había olvidado que su juego favorito es desconcertar!

Aplico la llama del mechero a una vela y encendió un cigarrillo. Siguió un prolongado silencio.

—¿No me preguntas por qué estoy aquí, Dave?

—Ya lo dirá usted si lo considera oportuno. Usted llamó a Londres. Londres me envió aquí... Pero los acontecimientos han ido formando un muro entre los dos. Ahora se me aparece en esta celda. ¿Qué quiere que haga, pellizcarme, para ver si estoy despierto? Están ocurriendo cosas demasiado sorprendentes para que nada me coja de improviso.

Y sin darse cuenta, su rostro se ensombreció, quedando ensimismado.

—Hay una preciosidad de criatura llamada Gielle... —empezó el profesor.

—¿Le envía ella? —lo interrumpió Dave.

—No puedo decir que no. Ella me tenía al corriente de sus pasos. Pero si estoy aquí, se debe a que es el momento de que todos arrimemos el hombro para sacarla del atolladero. Gielle está en poder de la Gestapo.

Dave palideció. Fue acercándose al profesor, quien seguía sentado, con la pipa en la boca.

—¿Por qué no la convenció de que ella se apartara del fuego? ¡Usted era amigo de su padre!

—¿Convencer a Gielle cuando ella ya ha tomado una decisión? Se nota que no la conoces.

Dave hizo que el profesor se levantara, arrastró el camastro y en el suelo apareció una caja de madera con una manta, la puso sobre el camastro y sacó de la caja un fusil ametrallador, con abundancia de municiones.

—¿De fiesta? —preguntó el profesor.

—¡Sí! —contestó con rabia.

—¿Tienes idea del sitio en que se va a celebrar?

—¡Pronto la tendré!

El profesor le puso una mano sobre un hombro.

—Creo que tus superiores te ordenaron que te preocuparas de mí —y en vano forzó un tono grave.

Se notaba la burla.

—Yo puedo tener también mi «cuestión personal». En cuanto a la orden que me dieron mis superiores, ¿qué espera que le conteste?

—Puedes mandarme al diablo, y harías muy bien.

—No lo mandaré a ningún sitio. Aquí estará seguro... ¿Por qué se sonríe? ¿Es que lo duda?

—¡Oh, no! Creo que os hora de decirte que este refugio me pertenece... Aquí he pasado la mayor parte del tiempo, cuando todos, amigos y enemigos me creían en Nantes. Bien, Dave; no he venido solo. Nuestro buen Duluc aguarda en la celda vecina. Tiene algo importante que decir...

El profesor fue por él. Y apareció Duluc, sin vendas, con una profunda cicatriz en un lado de la cara.

—Disponemos de muy poco tiempo, capitán Corwin —dijo Duluc, después de estrecharle la mano.

—¿Por qué ha obedecido a Gielle? ¡Rehuyó ponerse en contacto conmigo! —prorrumpió Dave.

—No podía hacer otra cosa. Gielle me obligó a jurar que a usted no lo metería en este juego —consultó el reloj—. Hay algo que puede resultar muy deprimente para Gielle. Es sobre el proyecto que tenía su padre, para hacer estallar los polvorines a distancia. El

profesor puede decírselo.

—¡Ella sabe que ese proyecto era un fracaso! Usted mismo lo dio a entender antes de ir a hacer la prueba. Y sin embargo, lo acompañó.

—Así es, capitán Corwin —reconoció Duluc—. Pero, ¿qué había de malo en eso? De fallar la prueba, nada se hubiera advertido. Las radiaciones no podían surtir el efecto que el padre de Gielle esperaba. ¿Y qué? Con retirarnos a nuestras casas, o a nuestros refugios, todo hubiera seguido lo mismo. Pero dio la fatalidad de que ocurrió durante el ataque de ustedes a Saint Nazaire... Y algo peor; teníamos en el grupo a un espía.

—El doctor Germond —señaló Dave.

—Sí. Cuando nos sorprendió la patrulla enemiga, todavía no habíamos llegado al sitio donde el padre de Gielle tenía instalado su artefacto. Nos conminaron a que les dijéramos el sitio adonde nos dirigíamos, y nos negamos. Vimos que el jefe de la patrulla deliberaba con «alguien» que parecía muy interesado en que no le viéramos...

Duluc hizo una pausa, como si el recuerdo de la trágica noche lo ahogara.

—Nos replegamos a la meseta, disparando. Ellos eran más, y les fue fácil acribillarnos... Entonces se produjo lo más extraño. La patrulla se retiró enseguida. Y solamente quedó «alguien», examinando los cadáveres. Eran dos. Un oficial nazi y... el doctor Germond.

—¿Y sabiendo eso...? —gritó Dave.

—No, capitán. No lo sabía entonces. Cuando entreví la figura del doctor, yo estaba medio inconsciente. Usted sabe cómo me recogieron. Pero más tarde tendí algunas trampas al doctor. Su interés por averiguar si hablaba, ya fue un síntoma. Sé que preguntaba a todos los que se acercaban a mí si habían conseguido que pronunciara algunos vocablos...

El profesor Vezanken fue ahora quien miró el reloj.

—Dave, sospechamos que aquella noche me buscaban a mí —dijo el profesor—. Esto lo confirma lo ocurrido hoy. El doctor Germond sabía que mi propósito era que nos reuniéramos en determinado sitio. Por fortuna ese lugar no está demasiado lejos de donde nos encontramos. La fecha que yo había fijado es la de hoy, y

una hora determinada de esta noche. La emboscada de hoy, cuando trasladaban al doctor... Han caído algunos guerrilleros, pero no el doctor. Ni tampoco Gielle... ¿Entiendes esto?

Tras un pesado silencio, dijo Dave:

—Pienso que una acción contra el doctor no es nada esencial, puesto que en cualquier momento puede sufrir un atentado. O la misma Gestapo puede desembarazarse de él, porque ya no les es útil. Pero, en cuanto a Gielle... ¿Que sabe ella de la empresa de su padre?

—Tanto como usted sabe ahora —contestó Duluc.

—¡Entonces piensan utilizarla como anzuelo! ¡Al que buscan es a usted! —exclamó Dave—. Lo consideran lo suficiente loco para acudir a la cita...

El profesor Vezanken sonrió.

—¿Es modestia, Dave? Creo que ahora eres tú el objetivo. El enemigo sabe que eres el alma de todas las operaciones que se están efectuando en esta zona. El movimiento de resistencia ha ido adquiriendo cohesión desde que tú llegaste...

—Yo no he hecho más que reponerme —contestó Dave, con toda ingenuidad.

—Reponerte moviendo grupos sobre un mapa, preparando endemoniadas jugadas. ¿De cuántos hombres puedes disponer ahora?

—De unos siete.

—¡Qué lástima!

Dave cogió de los hombros al profesor.

—¡Dígame el sitio donde usted tenía que acudir! ¡Y se quedarán aquí!

—Con solo siete hombres no podrás hacer nada...

—Me bastarán unos minutos con la emisora para mover multitud de piezas.

El profesor miró a Duluc.

—¿El alma... o el diablo del Loira?

—¡Díganme el sitio! —pidió Dave, fuera de sí.

Contestó Duluc, al tiempo que hacía un estremecimiento:

—Allí, donde aquella noche, en las ruinas de la ermita...

En la meseta donde Dave se consideró dentro de un pozo de muertos.

—¿A qué hora?

—A las once.

Dave consultó el reloj. Iba a salir corriendo, cuando miró a los dos, muy grave, ordenándoles y rogándoles a la vez:

—¡Prométanme que no saldrán de aquí hasta nuevo aviso! ¡No quiero lamentables errores!

—¿Por qué había de haberlos si nos decidiéramos a salir? — preguntó el profesor Vezanken, intrigado.

—Porque voy a dar nuevas consignas. Y todo el que se mueva esta noche por esta zona correrá peligro de muerte, a la menor vacilación en la respuesta. ¿Basta eso?

No esperó que contestaran. Al poco se esfumaba por un extremo de la galería donde la resonancia de pasos producía la sensación de gente alborotada.

CAPÍTULO VI

DESPUÉS de haber permanecido un rato parados tras la loma, el nazi que vigilaba desde arriba descendió y dio la señal de reanudar la marcha.

Ahora Gielle fue obligada a situarse delante. A continuación, un nazi. Luego, el doctor Germond.

Detrás, la retahíla de elementos de las S.S., disfrazados de guerrilleros franceses.

Se aproximaban a la trágica meseta. Como muy bien había dicho el profesor Vezanken, buscaban a Dave como el ser maldito que movía las mortíferas piezas en audaces golpes de guerrilleros en el valle del Loira.

Pero también querían capturar al profesor. Ya no solo por su mente privilegiada, sino porque el enemigo suponía que él estaba al tanto de todo lo que el padre de Gielle realizó.

El error de la noche en Saint Nazaire debía ser corregido. Después de la represión, los nazis se encontraron con que los hilos que conducían al emplazamiento de la inquietante arma estaban cortados.

Todos los complicados habían desaparecido y el doctor Germond no sabía más de lo que había dicho. Acaso aquellas radiaciones capaces de hacer estallar los más ocultos polvorines no fuesen más que una quimera, pero ningún ejército, por potente que fuera, era capaz de volver la espalda a la hipótesis más increíble.

Se estaba en tiempo de magia científico. Todo era posible.

El grupo se encontraba a mitad de la vertiente que conducía a la meseta, y Gielle no obedecía la orden que se le había dado.

El nazi que iba tras de ella y que intencionadamente se había quedado rezagado, se apresuró a alcanzarla.

—¿Qué le ocurre? —preguntó, en un francés deformado por la

pronunciación germana—. ¡Dé la voz enseguida!

Gielle se detuvo. Se volvió para mirar a su enemigo y dijo, con un matiz burlón:

—Están ustedes demasiado seguros de que voy a obedecerles.

—No tiene otro remedio —replicó el nazi, también manifestando burla.

—¿Green que temo morir?

—No. Sabemos muy bien que es valiente... Pero la muerte es lo que menos aterroriza en situaciones como esta. Si obedece, tiene mucho a ganar...

—¿Mi libertad? —y pareció que Gielle fuera a soltar la carcajada.

El nazi se impacientó.

—¡Llame al profesor!

—Es sorprendente que todavía no se hayan dado cuenta de que no es dando voces como nosotros nos desenvolvemos —contestó Gielle, con impresionante serenidad—. No saben ustedes escuchar el silencio. Nada han advertido durante la marcha, ¿verdad?

Ahora ya era un tono desafiante. El nazi miró atrás, alarmado. Pero todo le pareció normal. Gielle soltó una breve risa.

—No se preocupe... Todo está en orden. Dígame al doctor que se coloque a mi lado. Él y yo seremos los primeros en asomar... ¿O teme usted...?

—¡Cállese! —cortó el nazi.

Parecía que algo se escurría por la vaguada que formaba un lado de la meseta y una pequeña loma situada enfrente. Un momento pareció que sonaba el rodar de una piedra.

—¿Ya saben escuchar el silencio? —preguntó Gielle.

El nazi le puso la mano en la boca. Los que iban detrás desplegaron, ensanchando la distancia que mediaba entre ellos.

Con extremada cautela reanudaron la ascensión. Todas las armas estaban preparadas.

Preveían que el profesor no estuviera tan loco como para permanecer solo en las ruinas de la ermita, pese a todas las seguridades que el doctor Germond les había dado.

No desconocían el ascendiente que Gielle tenía sobre los guerrilleros y la idea que la primera bala fuera para la muchacha, quizá los contuviera a pasar a la ofensiva.

Era lo mejor que podía suceder a todos, en especial a los nazis. De la forma que subían, dejaban una abertura por donde los guerrilleros podrían escapar.

Esa salida la dejaban intencionadamente. Los nazis sabían por experiencia el caro precio que tenían que pagar, si formaban el cerco.

Y ahora lo único que les interesaba era coger vivo al profesor y exterminar a Dave.

Faltando unos tres pasos para llegar a la cima, el nazi que marchaba junto a Gielle se detuvo. Cogió de un brazo al doctor y lo empujó.

—¡Póngase junto a ella!

El doctor Germond se apresuró a obedecer. La muchacha se había detenido, ya casi asomando sobre la meseta. Parecía que en el último momento perdía la serenidad que hasta entonces había demostrado.

Vestía ropa de hombre, la misma que llevaba aquella tarde al internarse en el bosque de Carquefou, donde inopinadamente se vio rodeada de alemanes.

A pesar de la oscuridad, su grácil figura destacaba de las otras por su trazo delicado y la gracia con que se movía. Una boina apresaba sus cabellos. Y cuando el doctor se puso a su lado y ella reanudó el paso, al asomar medio cuerpo sobre la meseta una vaharada de luna plasmó su rostro en un óvalo pálido.

Un brillo intenso se encendió en los ojos de Gielle. Miraba hacia el centro de la plazoleta, donde las ruinas de la ermita destacaban en una masa informe.

El silencio que allí reinaba era tan completo, que la noche parecía más alta, más absoluta.

—¡Dé la señal! —apremió el nazi, agazapado tras el borde de la cima.

Gielle se volvió lentamente a mirar hacia atrás. La hilera de hombres enemigos seguía subiendo, sin ruido, como sombras proyectadas por pequeñas nubes que el viento acabase de espantar.

—¡Dé la señal! —conminó de nuevo el que mandaba el grupo.

El doctor cogió de un brazo a Gielle.

—¡Diga!

La muchacha se encaró con las ruinas.

—¡Profesor Vezanken! ¡Soy Gielle!

La limpia voz de la joven pareció atravesar la noche con un disparo de cristal.

—¡Profesor...!

En las ruinas algo pareció moverse. Esto sobresaltó a Gielle. Hasta entonces había confiado en que allí no habría nadie. En cualquier otro sitio, en los bordes de las sendas que habían cruzado; tras cualquier arbusto o roca; incrustados en tierra de labrantío; en cualquier sitio, menos en las ruinas de la ermita.

—¡Profesor! ¡Huya...! ¡Vengo con el enemigo...!

No pudo seguir. El doctor Germond, en un vigoroso esfuerzo, acababa de levantarla, echándola a la plazoleta.

—¡Corra! —gritó el doctor, al tiempo que se volvía para arrojarla sobre el nazi.

No pudo llegar hasta él, porque de dos sitios distintos salieron varios disparos. El doctor Germond se desplomó y durante un trayecto fue rodando, vertiente abajo.

Se quedó con el rostro hacia arriba, los ojos muy abiertos, escrutando la noche que el estruendo que se acababa de desencadenar hacía menos alta.

Apenas el doctor hubo caído, varias armas asomaron sobre la plazoleta. A unos cuantos metros se veía en el suelo a Gielle, inmóvil. Y más allá, las ruinas, encerradas en la misma incógnita del principio.

Cuatro nazis saltaron a la plazoleta. Al parecer, solo uno tenía el propósito de acercarse adonde estaba Gielle, de bruces.

Los demás iban a las ruinas. Y fue entonces como si los escombros no pudiesen sujetar más el huracán que habían apresado. Todo empezó a estremecerse. Se cruzaban rayas de fuego que tan pronto asomaban desaparecían.

De ambos lados de la ermita comenzaron a salir figuras de hombres.

—¡Quieta, Gielle! ¡Quieta! —gritaba Dave, sobreponiéndose al estruendo.

Fue el que asomó primero. Antes de que apareciera su figura, irrumpió el mortífero reguero de su fusil ametrallador.

Dave avanzó totalmente erguido, por el centro de la plazoleta, hasta llegar al sitio donde estaba Gielle. Allí puso una rodilla en

tierra.

De su fusil seguían saliendo ráfagas. Los compañeros, apenas saltar de las ruinas, iban a situarse tras las piedras que bordeaban la cresta.

Cuando los compañeros estuvieron situados para batir toda la vertiente, Dave enmudeció el fusil. Se lo enfiló al hombro y cogiendo en brazos a Gielle, echó a correr hacia las ruinas.

Procuraba mantener elevada la cabeza de la muchacha. Y corriendo pegó el rostro al de Gielle. Temía notarlo frío.

Al ir a saltar el montón de escombros, la joven llamó:

—¡Dave...! ¡Temía... y deseaba, que estuvieras aquí!

El británico se puso a besarla. La dejó recostada contra un trozo de pared, mientras trataba de averiguar si estaba herida.

La muchacha levantó una mano y se tocó la cabeza.

—Estoy aturdida... El doctor me lanzó... con muy buen tino...

Era un tributo que pagaba al que en el último momento pareció arrepentido de su doble juego. Demasiado sabía Gielle que cayó de cabeza porque ella quiso que fuera así, para aturdirse, para morir... En el último segundo todo lo vio perdido.

Abrazada al cuello de Dave, rompió en sollozos.

—¡No soy valiente...! ¡He tenido mucho miedo!

—¿Y quién no? —replicó Dave, acariciándole el cabello.

Por momentos el tiroteo iba siendo más intenso.

De voz en cuando balas altas cruzaban la meseta e iban a enterrar su silbido en la otra vertiente.

—Quédate aquí —dijo Dave.

—¡No! ¡Dame un arma!

—«Max» guarda en sitio seguro «tu» pistola. Pero aquí de poco iba a servirte.

—¡Aunque sea sin armas... iré a tu lado! ¡Mi «cuestión personal» ha terminado y pido un puesto en primera línea!

Dave le dio la pistola que llevaba al cinto.

—No la uses mientras no sea necesario... Vamos a situarnos en el borde de la meseta. Nuestra misión ahora es hacer que el enemigo vaya descubriéndose.

—¡No debéis confiaros! —dijo, alarmada—. ¡Venían otros grupos detrás, uniformados!

—Lo sabemos. Nuestras emisoras han estado señalando todos

vuestros pasos. Masas de sombras van concentrándose al pie de esta meseta. Las tres lomas que nos circundan están ocupadas por «Max» y otros compañeros.

Tendidos en el borde de la meseta, mirando la vertiente, los cuerpos juntos, estuvieron un rato viendo los brotes de fuego que lanzaban las armas, en llanos y alturas.

—No hay que emborracharse en la acción —dijo Dave—. El fuego tendrá que ir apagándose paulatinamente, para que el enemigo no se dé cuenta que nos retiramos.

Regresó con la muchacha al montón de ruinas y puso en marcha la emisora. Iba emitiendo números y letras.

—¡«Ocho ene»! ¡«Cuatro erre»!

Cada consigna era como si con los dedos cogiera una pieza de ajedrez y la cambiara de escaque. Pero cada una de estas consignas movía a un grupo de hombres, que de pronto apagaban sus armas, convirtiéndose en inofensivas sombras que se deslizaban sin hacer el más leve ruido, cada grupo buscando su madriguera.

—La búsqueda a partir de ahora va a ser muy dura —dijo Dave.

—Saldremos adelante —contestó Gielle, llena de fe.

* * *

Dave aguardó en la linde del bosque, viendo cómo se acercaban los compañeros. A lo lejos ya no se oían disparos.

—¿Y Gielle? —preguntó «Max».

—Está ahí —indicó el interior de la arboleda.

La muchacha apareció, sonriendo.

—¡Gracias a todos, «Max»!

Y lo besó en ambas mejillas. Momentos después, ya dentro del bosque, «Max» preguntó:

—¿Qué ha ocurrido con el doctor?

—No lo sé... Este anochecer, cuando me sacaron de uno de los calabozos de la Gestapo, me crucé con el doctor Germond en uno de los corredores. En una hora parecía haber envejecido enormemente. Y cuando me miró, creo que me pedía perdón...

Poca oportunidad tuvo el doctor de que conocieran su verdadero sentir. Ni siquiera los dos nazis que pasaron junto a él después que rodó por la vertiente, acribillado.

Fue al quedar quieto, junto a una piedra. El doctor, de cara

arriba, pronunció dos vocablos. Uno, el primero, fue: «Francia». El segundo: «Perdón».

—¿Qué plan hemos de seguir? —preguntó «Max».

—Agazaparse... Dejar que las horas y los días pasen. Hay una tercera misión a cumplir —dijo Dave, mirando a Gielle.

—La del profesor Vezanken —manifestó la muchacha, recordando la penosa escena del camerino—. Yo fui la egoísta entonces, Dave. Quería retener al profesor porque era el único que podía opinar sobre la empresa de mi padre.

—¿Y qué conseguiste?

—¡Nada! Vaguedades... Ni él ni Duluc saben siquiera dónde están emplazados los aparatos.

De pronto pareció deprimida. Dave le acarició el cabello.

—No te preocupes. Quizá un día demos con esos aparatos...

—¡No es eso lo que me preocupa! Sino que no dieron el resultado que mi padre esperaba... Lo que me angustia es que por mi egoísmo, el profesor haya perdido la oportunidad de salir del país.

—Nada se ha perdido —replicó Dave—. Esta noche me ha dado un compatriota mío un mensaje recién recibido de Londres, indicándonos que debemos esperar en lo que se refiere a la evacuación del profesor. Parece que se está organizando un conducto más seguro... Tal vez se busque la salida por Suiza...

Era el «tren subterráneo». El prodigio de todos los resistentes de todos los países invadidos. Los disfraces, las ayudas prestadas por gentes anodinas, los medios de transporte más insospechados...

—Ahora el profesor y Duluc están bien donde se hallan. Ya los veremos cuando esto se calme.

Y siguieron internándose en el bosque.

* * *

Una noche Dave fue solo al viejo convento. Se introdujo trepando por los difíciles riscos y apartando las zarzas que cubrían un boquete.

En la celda que en otro tiempo estuvo Dave, se efectuó la reunión.

—¡Vaya! ¡Por fin me tenéis en cuenta! —exclamó el profesor. Duluc estaba presente.

—La «fiesta» era demasiado atrayente para acordarse de nosotros —comentó el de la cicatriz.

—Se les tiene demasiado en cuenta —replicó Dave—. Tendrá usted que buscar un buen maquillaje, señor Duluc, para que esa cicatriz quede oculta. Usted y el profesor cruzarán Francia, cada uno utilizando un camino distinto.

—¡Eso es tener importancia! —exclamó Duluc—. ¡Yo también cuento! Aunque no me hago ilusiones. Si me dan trato especial no es por mi capacidad, sino por la relación que he tenido con usted, profesor.

—Ignoro por qué quieren que usted también salga —dijo Dave, dejando un papel sobre la mesa—. Ahí tienen las instrucciones. Cuando vengan por ustedes, límitense a obedecer lo que les digan los sucesivos enlaces.

Y pareció dispuesto a marcharse. El profesor Vezanken perdió el brillo burlón que desde un principio había en sus ojos, y miró asombrado a Dave.

—¿No me preguntas... por qué gastan tantas «atenciones» conmigo?

—No. Por mi propia seguridad, tampoco quiero que me las diga. El profesor inclinó la enmarañada cabellera.

—¡Eres un gran muchacho, Dave!

El profesor pensaba en la fábrica electroquímica donde había estado trabajando, en la zona de París. Ahora estaba controlada por los nazis. Allí se producía óxido de deuterio, un moderador ideal para la preparación del uranio 235.

En los laboratorios estadounidenses no disponían de suficiente agua pesada para los experimentos que estaban realizando.

Sordamente, en ambos bandos, se estaba excavando hacia un mismo objetivo: El arma atómica.

Pero en aquellos momentos, ideas, experimentos, todavía estaban envueltos por la niebla. Pensando en esto, el profesor Vezanken solía preguntarse, en momentos de escepticismo: «¿Se acertará, dando un palo de ciego?»

—¿Entonces no quieres nada de mí? —preguntó el profesor.

—Ya que usted la ha nombrado... hay algo que sí quisiera que hiciera por mí. Si lo que el padre de Gielle hizo no fue más que un intento...

—Que tenga suerte, lo mismo que el señor Duluc. Y en cuanto lleguen al otro lado del Canal, avisen.

—Lo haremos. ¿Qué hay de la preciosa Gielle? Sé que está contigo.

—Hay algo de mucho valor en lo que hizo. Y eso se salvará, si llego al otro lado del Canal. Lo llevo aquí —y el profesor se tocó la enmarañada cabeza.

—Entonces, si esas instalaciones cayeran en poder del enemigo...

—Quizá pudieran sacarle provecho. ¿Qué duda cabe?

—Bien. Pues eso es lo que pido.

Y puso sobre la mesa un mapa de la región donde figuraban hasta los menores pliegues. También dejó un lápiz.

—¿Tan seguro estás de que yo sé el emplazamiento? —preguntó el profesor, otra vez con el brillo burlón en los ojos.

—Nos conocemos de los tiempos en que no importaba guardar secretos, profesor.

Vezanken se echó a reír. Y cogió el lápiz. Después, emocionado, abrazó a Dave.

—¡Cuida de esa chiquilla! ¡Te quiere...! Y dile que tan pronto me encuentre en zona aliada, expondré los proyectos de su padre a los mejores científicos.

—Ese será el mejor regalo de boda que Gielle podrá recibir. Tan pronto se nos comunique que ustedes han llegado a zona aliada, la «cosa» será.

—¿La boda? —preguntó Duluc.

—Sí.

Iba a seguir, pero el profesor se adelantó:

—¡Demonio! ¡Pues habrá que darse prisa en saltar el Canal!

Dave no consideró oportuno agregar qué otra cosa ocurriría.

EPÍLOGO

GIELLE estaba acostumbrada a que Dave tomara parte en acciones de poca importancia, sin que ella le acompañara. Algunas veces había intentado rebelarse, pero el miedo a disgustar a Dave la contuvo.

Hacía ya tres días que aguardaba en una masía. Allí estaba segura, y los campesinos que ocupaban la casa, un matrimonio viejo, la querían mucho.

La comarca estaba en calma. Y esta quietud, en vez de tranquilizarla, la angustiaba más.

No tenía noticias de Dave. Vio que se acercaba la tercera noche sin que él apareciera, cuando Dave llegó, acompañado de «Max» y otros guerrilleros, franceses y británicos.

Después de abrazarse. Dave le disparó a quemarropa:

—¿Nos casamos? Aquí hay quien puede hacerlo...

Se adelantó un francés de abultado vientre. Y Gielle lo reconoció como el alcalde de un pueblecito del valle del Loira.

—¡Señor Bricaud!

—El certificado quedará oculto hasta que el temporal pase —dijo el alcalde, rompiendo a reír.

Momentos después empezaron los regalos. Chucherías, una botella de champaña... Y un papel que dejó un británico sobre una mesa.

—Léelo —dijo Dave.

Ella lo cogió temblando. Se anunciaba que el profesor Vezanken y Duluc se encontraban en Londres.

—Ahora va el regalo de boda del profesor —y Daré explicó su conversación con él.

La noticia de que no todo lo que el padre de Gielle había intentado era inútil, conmovió a la muchacha.

—Todo lo útil se aprovechará —dijo Dave—. Y alguien conseguirá que la antorcha llegue a la meta.

Consultó el reloj. Y de pronto demostró una gran prisa.

—¡A casarnos, señor Bricaud!

Ni siquiera dejó que Gielle cambiara de ropa. Situados en el zaguán, empezó la ceremonia, a oscuras.

Fuera tenían escuchas. La casa estaba en un sitio muy alto.

Terminando la ceremonia, se oyó muy lejos un fuerte retumbo. Todos se quedaron mirando la misma dirección.

—¿Qué es esto? ¿Otro intento de desembarco? —preguntó un francés, mirando a un británico.

Dave, y los pocos que estaban en el secreto, uno de ellos «Max», rompieron a reír.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Gielle.

—He estado separado de ti esos tres días para efectuar ese «regalo». Ningún enemigo aprovechará lo que hizo tu padre...

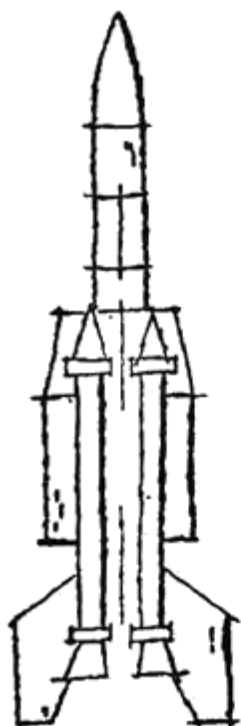
Era el monte señalado por el profesor Vezanken el que había estallado, hundiendo una galería donde estaban los aparatos del padre de Gielle.

Cuando ella supo el significado de aquella acción, se estrechó contra Dave, sin importarle que no estaban solos, y lo besó, como queriendo fundirse en él...

FIN

Los cohetes

WIM DANNAU



Los actuales cohetes son un anticipo del mundo futuro: niños minados de la técnica, armas poderosas, vehículos ultrarrápidos, naves del espacio, con ellos toman cuerpo los más audaces sueños del hombre.

La clara y sintética exposición del presente volumen constituye el primer testimonio de la Era que acaba de empezar.

Aquí están todos los modelos de cohetes que hoy se conocen, desde el proyectil antitanque al coloso que pone en órbita un satélite artificial.

Un catálogo que mañana servirá a la historia.

**MARABU
ZAS**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



4.000 años de piratería



Fascinantes historias de los piratas! Morgan, "el terrible"; Avery, "el afortunado"...

Bandera negra, libertad y sangrientos aborrazes.

Pero detrás de la leyenda, con su perfume de brisas tropicales, hubo algo más: unas causas políticas, unos códigos, unas consecuencias históricas

En estas páginas, junto a las aventuras apasionantes, encontrará usted todo lo que de la piratería generalmente se silencia.

MARABU ZAS

PEQUEÑOS LIBROS
DE GRAN CONTENIDO



EL FIN DEL MUNDO



Quizá la fecha esté muy próxima a nosotros.
Los científicos que trabajan para la guerra
pueden provocar la hecatombe final.
Basta con que alguien oprima un botón en
Washington o en Moscú.



MARABU ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

ESO TIENE
VETERANO

un
VETERANO SABOR



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain